



EL AVE DIAMANTE

(Kala Hamsa)

Por Juan Carlos García

EL AVE DIAMANTE

Título original: El Ave Diamante

Autor: Juan Carlos García

1ra. edición, junio 1990: 2.000 ejemplares

2da. edición, octubre 1992: 3.000 ejemplares

3ra. edición, 20 aniversario, noviembre 2010

Copyright © 1990, Juan Carlos García

Copyright © 1992, Bienes Lacónica, C.A.

Copyright © 2010, Pulsar Studios

ISBN de la primera edición: 980-6329-01-5

Inicialmente editado y distribuido por:

BIENES LACÓNICA C.A.

Apartado Postal 69732, Las Mercedes

Caracas 1063-A. Venezuela

7820 S.W. 55 Ave.

Miami, Florida 33143 U.S.A.

Distribución online:

PULSAR STUDIOS

Islas Canarias - España

<http://www.JuanCarlosGarciaWeb.com>

Cubierta e ilustraciones: Oscar Sjöstrand

Ilustraciones coloreadas con posterioridad.

ÍNDICE

Presentación de la primera edición	4
Presentación de la presente edición	5
Prólogo	6
Capítulo I – Luz en los Himalayas	8
Capítulo II – La Llegada de los estudiantes	18
Capítulo III – Encuentro con el Maestro	24
Capítulo IV – El Palacio de la Luz	33
Capítulo V – Emergencia mundial	47
Capítulo VI – Las Siete Puertas	61
Capítulo VII – El Ave Diamante	72

PRESENTACIÓN DE LA PRIMERA EDICIÓN

Este es un cuento iniciático con el esplendor, inocencia y magia de un joven escritor que magistralmente ha sabido unir la sabiduría antigua del Tíbet con las enseñanzas metafísicas de Conny Méndez. En él se puede encontrar una trama con un mensaje tanto para niños como para adultos haciendo resaltar los más altos valores del Sendero Espiritual que conducen a la Ascensión y por consecuencia hacerse miembro de la Jerarquía Espiritual. Esperamos que este cuento haga florecer en el alma de todo aquél que lo lea, la aspiración por lograr expandir su conciencia a los más altos planos de manifestación.

Rubén Cedeño, 1990

PRESENTACIÓN DE LA PRESENTE EDICIÓN

Querido lector, tengo el honor de presentarte una novela que cuenta nuestra historia, la de cada ser humano, la de los que lo saben y también la de los que aún no lo han descubierto. Esto es así porque aquí vas a encontrar la narración convertida en cuento del proceso de desenvolvimiento en que cada uno de nosotros estamos inmersos desde hace mucho, mucho tiempo.

Existen grandes libros iniciáticos que revelan los intrínquilos más profundos de la vida espiritual. Sin embargo, a menudo los grandes maestros han acudido a una fórmula más sencilla que ha demostrado ser más capaz de llegar al corazón del aprendiz; sí, a eso me refiero, a los cuentos, leyendas y parábolas.

Juan Carlos García ha seguido esta misma receta para regalarnos una maravillosa historia que al mismo tiempo contiene grandes conocimientos espirituales. A través de sus páginas podrás experimentar, junto al protagonista, la autorrealización que proviene del anhelo por hallar la Verdad, de la valentía de vivirla, del amor y la compasión que llevan a compartirla con la humanidad y de la victoria del logro final que proviene de la liberación de las ataduras y limitaciones humanas.

Te invito a descubrirte en cada personaje. Te invito a beber de la sabiduría de los tiempos. Te invito a hacer crecer la luz de tu alma participando de esta bella historia tan vieja como el mundo. Cada paso de Jasmid puedes hacerlo tuyo porque en tus manos tienes un cuento que ya se ha realizado en muchos y que por tanto también se cumplirá en ti.

Fela Galván, 2010

PRÓLOGO

He querido con este libro significar que los cuentos de hadas no son sólo eso “cuentos de hadas” sino que ellos, en su mayoría, son una gran colección de verdades que aparentemente han sido mantenidas ocultas para la conciencia externa del ser humano, pero que para su Conciencia Interna han sido, son y serán realidad vigente por toda la eternidad.

El Ave Diamante es un cuento, y si se quiere un cuento de hadas, que no solamente debe ser leído por niños sino por adultos también, pues éste fue el propósito por el cual se hizo y por el cual siempre los cuentos de hadas se hicieron y se seguirán haciendo.

Juan Carlos García, 1990

CAPÍTULO I LUZ EN LOS HIMALAYAS



El comienzo fue con un sonido sin pulsación, un fluir de pensamientos puros y una imagen de lo que se fue. Todo quedó en silencio y sin más espera el rugiente sonido acompañado de la Luz inefable surgió. Ya no hubo nada más. Sólo atrás un gigantesco abismo dejaba vislumbrar la oscuridad ya olvidada. Los pensamientos, sentimientos y acciones perdieron todo patrón de existencia. De pronto, se dejó escuchar una voz de dulce mujer que no se podía articular. Era muy difícil comprender lo que ella quería decir, hasta que sin más un estremecimiento recorrió todo mi cuerpo que creí perdido. Sin más, esa inmensa Luz que sentí ver era sólo el reflejo de una lámpara en mis ojos. El sonido de la dulce y celestial voz era sólo la suave voz de mi madre al tratar de despertarme...

—¡Qué fastidio madre, siempre me despiertas en los momentos más inoportunos...! —dijo Jasmid un poco molesto.

Y su madre, con voz más enérgica, le dijo:

—Levántate, ya que has de llevar las cestas a vender al mercado.

Todo parecía ir como un día normal en la vida de Jasmid. Él era un muchacho de origen norteamericano pero que desde hacía algunos años había viajado hasta el Tíbet, junto con toda su familia, para abrir —lo que ellos llamaban— una nueva perspectiva. Esta familia era de una posición económica media-alta cuando vivían en los Estados Unidos para eso de los años

cincuenta. No se puede negar que les iba muy bien, pero el padre y cabeza de la familia siempre había deseado viajar al Lejano Oriente. La madre de Jasmid sufría mucho con estas ideas de su esposo Frank, a quien todos llamaban de cariño Papa-Frank por ser éste muy apegado a los niños, hasta tal punto de llegar a regalar el terreno de su casa para la construcción de una casa-hogar para niños pobres.

La madre de Jasmid era una hermosa dama de origen inglés. Sus ojos brillaban de un azul profundo y su cabello rubio le caía sobre los hombros; Jessica se llamaba.

Las ideas del padre parecían abstractas para su familia, pero él soñaba y soñaba con algún día vivir a los pies de la Gran Cordillera, los Montes Himalayas, al abrigo de sus imponentes y lejanas cumbres que, aunque estaban cubiertas de la más blanca y espesa nieve, se podía sentir su “Calor Interno” como Papa-Frank lo llamaba. Él era un soñador, un estudioso y explorador de los grandes misterios de la vida. Le encantaba sentarse a leer y releer libros místicos del Lejano Oriente.

Toda esta familia era arraigadamente cristiana, inclusive Papa-Frank, el cual decía no importarle la religión o la raza a la que pertenezca alguien, lo que importa es lo que éste sienta y el amor de los unos hacia los otros. Aparte de Papa-Frank, la señora Jessica y la hermana menor de Jasmid, Perla, la familia estaba constituida por otra persona más: la amabilísima ama de llaves de su casa en los Estados Unidos, una señora norteamericana con aires ingleses.

Ahora, esta familia vivía en un pequeño pueblo del Tíbet, el cual parecía besar los pies de los gigantescos Himalayas. Su situación había cambiado, ya no eran de posición media-alta como en su tierra, sino que habían pasado a formar parte de la

gran población de clase media-baja del Tíbet. Ya no poseían terrenos ni una lujosa residencia, sólo eran dueños de una pequeña casa con un pequeño jardín. Pero Papa-Frank no se inmutaba por ello, él solía decir: “Si nos apegamos a las cosas físicas como si fueran nuestros dioses, en el momento en que éstas caigan nos dejarán en el más terrible desierto”.

Jasmid era un muchacho de diecisiete años de edad, de estatura mediana, tenía los ojos de un ámbar muy especial, el pelo castaño casi hasta los hombros y de contextura física normal. Al igual que su padre, era también un soñador. Muchas veces llegó a reunirse con él para estudiar juntos los tan misteriosos libros. En su cara se dibujaba siempre una sonrisa. Parecía hablar con sus ojos. Muchas veces papa-Frank le solía decir: “Hijo mío, algún día serás como el Ave que eleva su vuelo al través de los Himalayas”. El nombre de Jasmid se lo había dado su padre al nacer en memoria de un gran amigo árabe que éste tuvo en su infancia y que murió cuando contaba sólo con diez años de edad. Papa-Frank decía que Jasmid se parecía mucho a su amigo.

...Jasmid se levantó rápidamente de la cama al mandato de su madre. Su pequeña hermana, de sólo seis años de edad y de una hermosa cabellera rubia hasta su cintura, le alcanzó las cestas que desde hacía más o menos un mes estaba vendiendo en el mercado central del pueblo. Él mismo las había hecho. Su madre decía que tenía gran habilidad para las manualidades.

Jasmid emprendió su viaje como de costumbre, sonriendo como siempre, tarareando una cancioncita de su tierra natal de la cual hacía sólo tres años que se había separado. Su pelo parecía ir al ritmo de sus pies. Desde hacía unos meses sus sueños habían cambiado mucho —según él—. Jamás había tenido sueños tan extraños, le resultaban muy reales.

En su andar parecía saludar a las flores con sólo girarse a verlas. La gente decía de él que parecía un niño más cuando se sentaba a charlar con los niñitos de cuatro y cinco años, pero que por el contrario, cuando hablaba con los adultos se agigantaba y los dejaba perplejos por su gran sabiduría de las cosas más triviales de la vida. Parecía que de él fluía un manantial de conocimientos.

Por fin llegó Jasmid al ruidoso mercado. La gente corría de allá para acá; parecían gallinas. Se percibía el olor a pescado fresco que sacado de un caudaloso río a menos de media milla del pueblecillo. Jasmid colocó las cestas en su acostumbrado sitio de venta y se sentó a esperar a que alguien pasara y comprara.

Eran ya las dos de la tarde y nadie había comprado. El sonido de su estómago se dejaba escuchar. No había comido nada al salir de su casa excepto un tipo de pequeño fruto que sólo se da en el Tíbet. El cielo estaba muy despejado y las pocas nubes que lo cubrían se iban desvaneciendo en su andar aéreo. El Sol irradiaba cada vez más calor sobre la cabeza de Jasmid. Él estaba allí sentado y casi solo en el mercado, pues las personas que venden en los puestos junto al de él ya se habían retirado a sus casas y por ende el público también. Estaba decidido por irse a casa a saborear la deliciosa comida que con esmero prepara Mitle, la ama de llaves.

Mientras tanto, en una cumbre no muy lejos de donde estaba Jasmid, la nieve comenzaba a deslizarse como si fuese a salir algo de su interior. Un estruendoso sonido casi ensordeció a todos los habitantes del pueblo y de los otros pueblos más cercanos. De pronto, un gigantesco rayo de luz azul que parecía contener vida, se reflejó en la ya tan mirrada cumbre. El rayo en cuestión descendía del cielo y penetraba en ella. Todos se llevaron las manos a los oídos, pues el sonido se agudizaba cada

vez más y más, hasta dar a un FA intenso en la escala. Del suelo se escuchaba el mismo sonido pero en una octava menor. Tal parece que aquel rayo penetraba por la cumbre y se depositaba en el corazón mismo de la Gran Cordillera. Muchos salieron despavoridos de sus casas hacia un lugar que ni ellos mismos sabían. A todas estas, Jasmid, atónito con lo que pasaba, dejó caer varias cestas que sostenía en sus manos y éstas rodaron desordenadas por el suelo. Quedó paralizado, casi petrificado, sin sonido alguno, boquiabierto y tan pálido como una pared. El suelo parecía que se iba a desprender de tanta vibración. La cumbre destellaba reflejos multicolores, los cuales se esparcían y chocaban con las otras cumbres formando así una bella aura que recubría por completo toda la zona. Sin más espera, se dejaron pintar en el horizonte, detrás de la Cordillera, tres colores: azul, dorado y rosa de una intensidad y vitalidad increíbles. Eran tan reales, tan visibles y tan tangibles que todos quedaron en silencio anonadados contemplando su inefable belleza. Muchos cayeron de rodillas. Verdaderamente era indescriptible con palabras lo que estaban viendo. Luego, estos tres colores, que terminaron por cubrir todo el cielo, atrás y delante de ellos, fueron como absorbidos por la ya sagrada montaña y, sin darse cuenta, aquel sonido fue reduciéndose y mezclando paulatinamente con el sonido del río, del viento y de los animales. La suave, y a la vez maravillosa, aura que recubría la zona tardó unos minutos en desaparecer. Aquello tan maravilloso había tenido fin. Fue tan espectacular que la gente tardó minutos en bajar sus cabezas. No lo podían creer. Había rumores de que en el seno de la Gran Cordillera se encontraba una Legión de Seres de Luz, pero como simples rumores, no fueron tomados en cuenta. Ahora estaban convencidos de que algo verdaderamente grandioso acontecía en el interior de los imponentes montes.

Mientras tanto, lejos, más allá del Himalaya, un espeluznante grito se escuchó. Era como si un animal furioso fuera

desencadenado. Se dice que lejos, muy lejos, en el interior de una selva muy tupida y sumida en tinieblas se hacen espantosos hechizos, que el que entra allí está por siempre perdido. No se ha visto a alguien que entre, salir jamás, mas son muchos los que entran. Es un lugar que está habitado por unos seres rastreros y nauseabundos, comandados todos ellos por un ser deplorable, un demonio llamado: el demonio de la ilusión y el deslumbramiento Maha Mara, el que mata el alma, el hechizador de los sentidos, el cegador de la mente, el que convierte al incauto en un náufrago desvalido. Lleva en su frente una corona de oro con una gigantesca gema, tan brillante que deslumbra a todo aquel que la ve. Tiene como siervos a los Tinikas, constituyentes de una secta de errantes seres humanos dedicados a la brujería y hechicería. También habitan allí demonios menores con el nombre de Maras. El ser humano que entre en el gigantesco castillo, sumido en tinieblas, reservorio de la mentira y de estos repugnantes seres, en verdad está perdido.

El grito provino del interior del mismo castillo, sus paredes resonaron por horas. Era el alarido del Maha Mara, herido de muerte, al saber que en verdad en el seno de los Himalayas se encontraba un Centro de Luz, Paz y Bondad. Los servidores de éste, los Tinikas, aturdidos por su luz falseante, le siguen y actúan a cualquier orden que él les dé. Creen que él es creador de toda forma. ¡Cuán equivocados están! Se dice también que en su reino de ilusión, posee un amplio jardín, muy hermoso en su exterior pero lleno de podredumbre en su interior. También se dice que cada flor de ese jardín lleva una serpiente enroscada al tallo, que todo es apariencia y mezquindad.

...Jasmid, ya recuperado de tan excelsa impresión, comenzó a recoger las cestas del suelo mientras la gente murmuraba y comentaba lo que había pasado. En ese momento, Rajís, una amiga de Jasmid y bella hija de un gran sabio del Tíbet, se acercó

a ayudarlo con las cestas. Una vez recogidas todas del suelo, se enrumbaron hacia la casa de éste y mientras tanto comentaban:

—Oye, Jasmid —dijo Rajís—, ¿tú viste todo lo que pasó? ¡Qué impresionante, ¿no?!

Y Jasmid, hablando en palabras entrecortadas, le dijo:

—Es cierto, fue muy impresionante. Aún estoy temblando. No fue sólo por lo que pasó en la montaña, sino porque dentro de mí sentí un escalofrío que jamás había sentido. Fue como si me traspasaran con una espada de electrones, cuya energía era tan fuerte que parecía me iba a desmayar.

Jasmid era un muchacho que desde pequeño podía sentir lo que pasaba en las emociones de otra persona. Era como si las viera en verdad. Nunca dijo nada de ello a nadie excepto a su padre, que en alguna forma era como su confesor. Jasmid tenía un cierto poder de convencimiento hacia las personas, los animales y las plantas. Cuando tenía contacto con ellos parecía traspasarle su ímpetu de vida.

Rajís continuó diciendo:

—¡Ah!, entonces es cierto lo que dicen de ti.

—¿Y qué dicen de mí? —preguntó Jasmid.

—Bueno, en realidad mi padre es quien me ha hablado mucho de ti. Él dice que en ti se encuentra algo muy especial. Un tipo de energía que es muy difícil encontrar en los seres humanos. Y mi padre nunca se equivoca, él es muy sabio... —dijo Rajís con cara un poco presumida.

En ese mismo instante, y en su caminar, chocaron —por así decirlo— con lo que ellos creían una pared. Pared que no era más que el padre de Rajís acompañado por dos jóvenes. El padre de Rajís era un señor ya viejo, de largas barbas blancas y un poco encorvado, pero aún no necesitaba bastón. El joven y la joven que le acompañaban eran muy altos. El joven medía aproximadamente seis pies y medio, y la joven un poco menos. La joven tenía el cabello más largo y rubio que jamás se haya visto, era como de un suave dorado. No aparentaban tener más de veinte años, mas en sus ojos parecían poseer toda la sabiduría del mundo.

Al principio Rajís y Jasmid quedaron aturcidos por el choque, pero al recuperarse se dieron cuenta de que se encontraban a varios pies de distancia de ellos. Era como si hubiesen chocado con una pared de energía invisible. Sin embargo, esa aparente lejanía se rompió como el humo al joven decir:

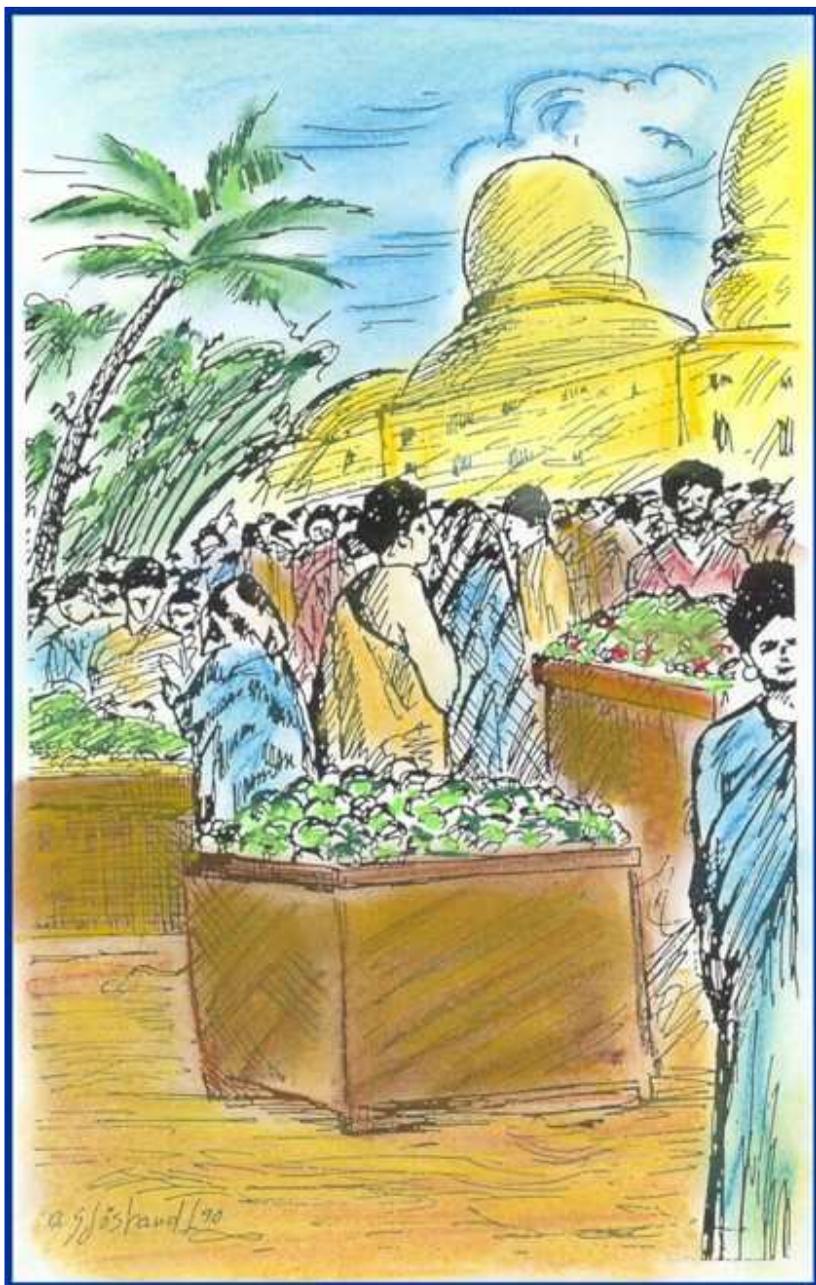
—Debéis tener más cuidado al caminar.

Su voz parecía penetrar hasta el más profundo átomo de sus cuerpos. El padre de Rajís no dijo nada a ésta, mas ella quedó extrañada. Jasmid interrumpió el silencio pidiendo excusas. Luego siguieron su camino y al tiempo volvieron a conversar de más trivialidades, mientras que el padre de Rajís decía a sus acompañantes misteriosos:

—¡Él es! ¡Él es el joven!

Y en ese mismo instante, los dos seres, realizando una hermosa reverencia, paulatinamente fueron desapareciendo al caminar, mientras que un suave viento hacia volar las hojas secas

que se encontraban regadas en el suelo. El padre de Rajís siguió su camino inmutado.



CAPÍTULO II LA LLEGADA DE LOS ESTUDIANTES



A noche de aquel gran día del acontecimiento, Jasmid se encontraba reunido como siempre con toda su familia y, mientras tomaban un delicioso té preparado por quien ya todos sabemos, comentaban las increíbles novedades. Luego se fueron a dormir. Cerca de la medianoche se comenzó a filtrar un sonido de vacío inquietante, era como si algo faltase. En efecto, faltaba el sonido monótono del río que desde el pueblecillo siempre se escuchaba. La gente comenzó a encender sus lámparas y pronto ya eran varias las personas en la calle. Empezó aquella murmuración que despertó a Jasmid y al resto de la familia. La Naturaleza parecía estar paralizada. No había estrellas que iluminasen la noche ni Luna que la llenara, pues ésta parecía oscurecer más y más. Todo quedó en silencio y luego un estorbante ruido comenzó a aparecer en escena subiendo como de la nada. Sí, el sonido provenía del suelo y aumentaba paulatinamente. Era como si alguien o algo se arrastrara por debajo de sus pies, como si el suelo mismo se moviera. El horrible ruido se incrementaba más y más. Varios árboles cayeron calcinados, varias casas se agrietaron y el suelo se calentaba como si hubiese algo ardiendo en su interior. La gente corrió a meterse a sus casas despavoridas, pero en ese mismo instante el sonido cesó y más tarde el temblar de la tierra. Fue como si hubiese pasado algo muy maligno. Ninguno pegó un ojo en lo que quedó de la noche.

A la mañana siguiente, varias familias, en su mayoría supersticiosas, recogían sus pertenencias para emigrar a otro lugar. Parecía que el pueblo se quedaría solo, pero no fue así. Al mismo tiempo que estas personas partían, llegaban otras desde

muy lejos atraídas por la noticia, ya diseminada, de lo que ocurrió el día anterior. Venían gentes de todas partes, inclusive de Norteamérica e Inglaterra. Muchos eran cazadores de fenómenos extraños de la Naturaleza. Otros eran peregrinos simplemente en busca de la Verdad. Había psicólogos y parapsicólogos de las más prestigiosas universidades. Todo esto fue debido a que por medio de un viejo telégrafo, la noticia llegó rápidamente hasta regiones que ya poseían radios y podían difundirla mejor. Este pequeño pueblo y los otros circundantes se convirtieron, por decirlo de alguna manera, en los abastecedores de la llegada de más de cuatrocientas personas.

Ese mismo día, al Jasmid ir al mercado se llevó la gran sorpresa de que éste había sido convertido en un hotel al aire libre. Sí, la gente había traído tiendas de campaña, cocinillas y demás accesorios para su estancia. Jasmid nunca vio algo igual. Su propio puesto de trabajo ahora estaba ocupado por una tienda de campaña, mapas de cartografía, instrumentos pluviométricos y demás artefactos raros. A través de aquella tienda se deslizaba el suave murmurar de alguien como si estuviese calculando. En efecto era un joven de no más de veinte años, sumido en si mismo y casi por completo alejado del mundo exterior.

—¡Al parecer es un estudiante de Geología! —pensó Jasmid.

Cierto, Jasmid tenía razón. Este era un estudiante de la Universidad de Oxford también atraído por la fantástica noticia. Era de estatura media y sostenía en la punta de su nariz unos pequeños anteojos circulares. Por detrás parecía un anciano, pero en realidad era un joven estudioso.

—¡Disculpe, señor! —se atrevió a decir Jasmid.

El joven permaneció como si no lo escuchase.

—¡Disculpe, señor! —volvió a decir Jasmid—. Usted ocupa mi puesto de trabajo.

El joven tardó en responder, pero al fin emitió el suave sonido de su voz diciendo:

—Lo siento señor, no le sentí entrar. Estoy ocupando su lugar porque no pude encontrar otro mejor. De todas formas, ya no lo podrá utilizar por mucho tiempo más. Según mis cálculos nos encontramos en medio de una falla natural en proceso activo. Esta es un área increíblemente sísmica, ¡no durará mucho tiempo más!

En ese instante el joven se volvió a mirar al que él pensó un señor. Cuán grande sería su sorpresa al ver que Jasmid no era más que un adolescente.

—¡Por Dios, muchacho! ¡Yo pensé que era un señor mayor el que me hablaba!

—¿Qué edad tienes? —preguntó asombrado el joven estudiante.

—Aún diecisiete años, señor —constestó Jasmid.

—¡Válgame Dios! —añadió el estudiante.

Después de un pequeño descanso vocal, el estudiante —de nombre Robert Thausen— siguió explicando lo que él creía que pasaría.

—Bueno muchacho, acércate, voy a darte una clase de Geología. Me has caído bien. Toda la zona que envuelve a la Gran Cordillera, o el Himalaya como lo llamamos normalmente

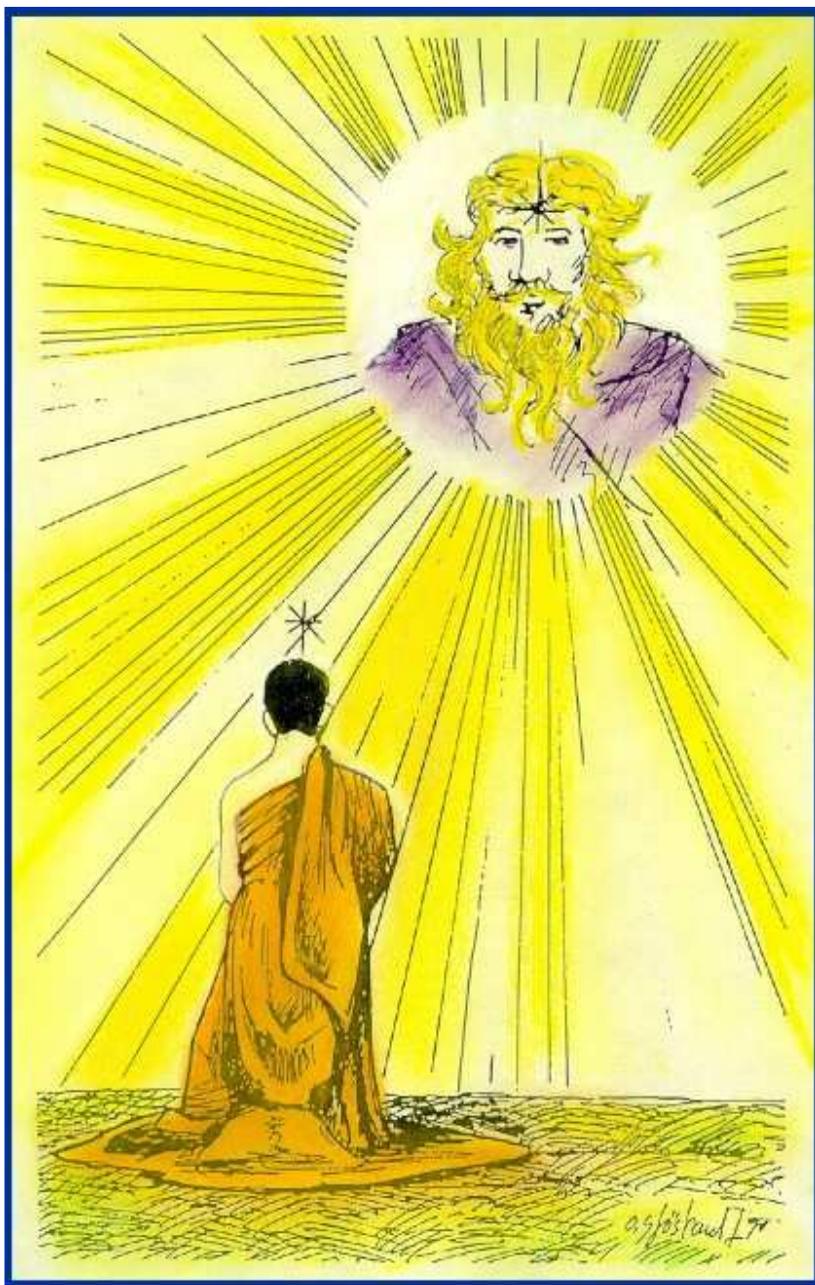
en la universidad, está sumida en una gran falla. Mira, te lo explicaré mejor —dijo acercando un mapa que tenía sobre la mesa. El continente americano, hace millones de años, según las teorías evolucionistas, estaba unido al continente africano y al europeo por medio de tierra, pero luego de un gran cataclismo mundial estas grandes porciones de tierra fueron separándose y por efecto chocando entre sí. Cuando dos grandes porciones de tierra chocan, se forma una elevación o montaña como se dice normalmente. Estos continentes siempre están en continuo movimiento, haciendo posible que dentro de millones de años el Himalaya podría llegar a ser parte del continente americano...

Jasmid no hacía más que escuchar con mucha atención aquella clase que con detalles le daba su nuevo amigo Robert. Mientras tanto, en el castillo de la muerte, al otro lado y más allá del Himalaya, donde siempre es de noche, se había formado intensa actividad. Una imponente sala contenía a más de mil seres humanos —los Tinikas— esperando una especie de ceremonia maligna. Impredeciblemente, desde una tosca plataforma, subía en vanagloriosa forma el Rey de los Maras, el Gran Mara o Maha Mara destellando una brillantísima luz de su frente y que era aparentemente blanca. Los Tinikas echaron hacia atrás sus oscuras capuchas y, descubriendo sus horribles caras, hacían reverencias y adoraban a dicho demonio. Este les dio órdenes secretas a sus siervos en un idioma jamás antes escuchado. Daba repugnancia hasta en la forma en que hablaban. De la nada, comenzaron a dar vueltas por el salón de aquel sucio conglomerado un grupo de seres de apariencia lóbrega. Estos atravesaban a los presentes y salían de ellos agigantados y llenos de vitalidad. Al parecer estos seres robaban la vitalidad de los Tinikas y la empleaban contra los mismos. Luego de un súbito silencio, un gigantesco rayo salido de la frente del Gran Ilusionador hizo estallar todos los vidrios del castillo y un amenazador y presuroso viento salió como de la nada para

clavarse en uno de sus siervos y destruirlo por completo. De él no quedó nada. Entonces, con voz gruesa y grosera, dijo:

—¡Ay! ¡Pobre de aquel que se atreva a traicionarme!

Cruzando sus dedos y muy seguro de sí, fue bajando lentamente en aquella misma plataforma en la cual subió. Los Tinikas estaban como desmayados, como si les hubiera sustentado su luz deformada. El castillo por completo comenzó a temblar como si de él saliera una gran energía destructora. Sobre esta área, una tupida niebla jamás les dejaba ver la luz del Sol. Dicen que este demonio la trajo consigo cuando entró a formar parte de sus vidas ya erradas. También dicen que ellos piensan que viven adelantados, pero en realidad no es así. Ellos viven cerca de seiscientos años de atraso en comparación con esta época. Sus vestiduras, sus pensamientos y sus sentimientos son de esa época. Se encuentran como congelados en el tiempo.



CAPÍTULO III ENCUENTRO CON EL MAESTRO



ABÍAN pasado unos días y Jasmid recogía flores cerca de su casa. Él tenía la bella costumbre de obsequiarlas a sus amigos y familiares. Sus ojos brillaban cada vez que las entregaba en forma de regalo o cuando las depositaba en un florero para hacer lucir la casa. Era toda una nueva experiencia verlo observando sus flores, parecían más hermosas en sus manos.

Eran ya las cuatro de la tarde cuando, de repente, escuchó una voz que, según él, parecía haberle penetrado todo su cuerpo y cargado de la más bella expresión de electricidad. La voz dijo:

—¡Ha llegado tu momento de ayudar a los demás, Jasmid!

Jasmid se volvió, pero no vio nada. Pensó que era otro de sus sueños vívidos y no le prestó demasiada importancia, pero la voz replicó:

—¡No es otro de tus sueños! ¡Es real la voz que oyes!

Jasmid, más asombrado aun, se levantó y miró por todas partes de nuevo, pero esta vez vio que se formaba un óvalo de luz allí mismo y frente a sus propios ojos. Era un óvalo que se hacía cada vez más grande, de un color rosado y que llevaba consigo un delicado olor a rosas. Sus ojos no podían dar crédito a lo que veía, pero era cierto, eso acontecía frente a él. Sin más espera se fue delineando la figura de un Ser de gran tamaño, como de unos siete pies de altura, la cual se hacía cada vez más viva. Era la figura de un señor. De su frente salían fulguerosos rayos dorados

que llenaban todo el ambiente, sus ojos eran de un violeta jamás antes visto por los humanos. Más o menos al nivel de su corazón se extendían tres llamas de colores; una azul, una dorada y una rosa que parecían hechas de puro Fuego Sagrado. Difícilmente se podía ver su cuerpo debido a la fuerte luz que éste desprendía. Pero su cara era del blanco más puro. Jasmid no podía emitir palabra alguna. Estaba completamente mudo, como sin saber hablar. El Ser bajó la intensidad de su luz y cual suave ave dejó caer lentamente sus pies al suelo. Su traje se confundía con su cuerpo por ser éste tan brillante. Un aire de frescura y bienestar invadió por completo a Jasmid que, sin darse cuenta, estaba rodeado también por una suave aura azul. Por su mente revoloteó el pensamiento:

—¡Que Ser tan maravilloso! ¿Seré yo merecedor de verlo?

Con un dulce hablar, el Ser brillante contestó:

—¡Sí, lo eres! ¡De esto y de mucho más! Tu corazón ha llegado a la madurez necesaria para que te suceda todo esto y muchas otras cosas que vendrán a su debido tiempo.

El maravilloso Ser que vestía una hermosísima túnica azul-rosa extendió su mano y, sin hacerse esperar, brillantes puntos de Luz anaranjados, a una gran velocidad, fueron delineando una Copa recubierta de lo que parecían diamantes, los cuales brillaban increíblemente con la luz que emitía su cuerpo. En ese momento, cuando hubo de cesar toda manifestación, el Ser le dijo:

—Toma, hermano, éste es el Amrita o Luz Líquida. Él contiene la Vida misma. Esto mantendrá tu cuerpo físico en buenas condiciones para el trabajo que has de realizar.

Jasmid acercó su mano. Mientras ésta se aproximaba a la Copa luminosa, más parecía brillar. Cuando la tocó, un estremecimiento recorrió todo su cuerpo. Era maravilloso ver la expresión de felicidad en sus ojos una vez terminado de beber aquel líquido. El aura azul que lo recorría se incrementó inmediatamente hasta el punto de tocarse con la del Ser. Después de un momento de absoluto silencio, el Ser le dijo:

—Tu trabajo te espera. Ha llegado el momento más importante para la humanidad y para ti. Un punto crucial. Las fuerzas malignas que operan en los puntos más bajos de la Tierra han adquirido mayor peligrosidad. Si esto sigue así, toda la humanidad estará perdida. Tú y solamente tú podrás ayudarnos. Es imperativo que un ser humano, lo suficientemente preparado, haga este trabajo.

Jasmid, sin esperar más, dijo:

—¡Estoy a sus órdenes, gran Ser!

Y éste, con voz radiante, añadió:

—¡Yo soy y seré tu Maestro durante esta peligrosa misión! Un paso en falso y fracasarás por completo. Pero no has de preocuparte, miles como yo estamos atentos a cualquier necesidad tuya. Eso sí, habrá un momento en que deberás continuar solo. Mañana, a esta misma hora, estaré aquí esperándote para darte la instrucción del sendero que has de recorrer.

Envuelto en una suave brisa de luz, el radiante Ser fue desapareciendo paulatinamente al tiempo que desaparecía la Copa de Luz de la cual Jasmid había tomado y que aún conservaba en su mano. De donde desapareció el ser brotó una

hermosa rosa con pétalos tricolores, la única de su especie. El aura azul que acariciaba a Jasmid no se desvaneció sino un rato después. Todo era asombro y admiración en su mente. Luego, se dirigió hacia su casa. Sus pasos eran muy ligeros y a veces le daba la impresión de no pisar el suelo. Se encontraba en un estado de verdadera Gracia. Sin embargo, toda esa alegría cambió repentinamente cuando llegando a su casa encontró que Papa-Frank había desaparecido. Sí, su madre lloraba desesperadamente diciendo:

—¡El desapareció! Fue tan repentino, sólo fui a la cocina por un poco de pan que me había pedido y cuando llegué ya no estaba. Una especie de relámpago me encegueció por unos segundos. Su comida aún permanecía en la mesa. Salí corriendo al patio pero fue en vano. No lo podía creer, había desaparecido casi frente a mis ojos. Nunca había pasado algo parecido...

Papa-Frank y la señora Jessica se amaban mucho. Era una de esas parejas que se unen para nunca separarse; no podían estar ni un momento el uno sin el otro. Era como si se acabaran de enamorar, como si fuera el primer día. Era un amor ejemplar.

Jasmid se afligió mucho y hasta una lágrima corrió por su mejilla. Estaba a punto de estallar en llanto cuando en su mente sintió las palabras:

—¡No temas por tu padre, Jasmid! ¡Él se encuentra con nosotros a salvo!

Jasmid instantáneamente reconoció aquella voz en su pensamiento. Sí, era la voz del grandioso Ser que acababa de encontrar. La más pura tranquilidad invadió sus sentidos. Y entonces, acercándose a su madre, le dijo:

—No te asustes, madre, papá está a salvo.

La madre no prestó mucha atención a lo que decía, pues ella estaba acostumbrada a oír ese tipo de frases consoladoras, pero en su interior sintió resonar las palabras y se quedó un poco más tranquila. Jasmid dijo lo mismo a su hermana Perla y a la señora Mitle que también lloraban. A la mañana del día siguiente Jasmid salió muy temprano a visitar a su amiga Rajís. Se sorprendió mucho al llegar y verla llorando también.

—¿Qué te pasa, Rajís? ¿Por qué lloras? —le preguntó.

Y Rajís, con voz temblorosa, respondió:

—Es que mi padre ha desaparecido, no durmió anoche en casa. Lo he buscado por todas partes. Mi madre está desesperada. Ya no hallamos qué hacer. Sólo dejó una nota que decía que tenía que hacer un trabajo muy importante del cual no podía dar detalles, pero que pronto regresaría.

Jasmid le dijo:

—Y entonces, ¿por qué lloras? ¿No confías en él?

Es verdad, debo confiar en mi padre. Si él dijo que regresaría, el regresará. Nunca me ha mentado y no lo hará ahora —contestó Rajís ya un poco más tranquila.

Rajís era una muchacha muy linda y tierna. Siempre llevaba de collar una hermosa esmeralda que le caía al nivel del corazón, y ella decía que la esmeralda simbolizaba la Verdad pura y sin limitaciones que hay dentro de cada uno de nosotros y que algún día se exteriorizará. Se puede decir que ella no sabía el

significado de mentir. Era la verdad en persona; todo lo que hablaba era verídico.

En ese momento, y sin esperarlo, el cielo claro y límpido se iba transformando. Los animales corrían de allá para acá. Gigantescas y amenazadoras nubes negras se acrecentaron sobre los Himalayas, cubriendo así de oscuridad a todos los pueblos que en sus faldas habitaban. Relámpagos y truenos se escurrían entre sus pliegues. Parecía que se iba a caer el cielo mismo, pero lo más raro de todo era que no caía ni una sola gota de agua. Los vientos comenzaron a agitar con mucha fuerza. Era las once de la mañana y parecía ser las seis de la tarde. La gente corría a meterse en sus casas esperando una gran tormenta. Los estudiantes, que ya eran habitantes habituales del mercado y de las áreas alrededor, en vez de quedarse en sus tiendas, salían con todos esos aparatosos instrumentos para estudiar el nuevo fenómeno que acontecía. En ese instante, Jasmid y Rajís corrieron y se metieron en la tienda de su amigo, el estudiante Robert, el cual aún no había salido a estudiar el fenómeno como los otros lo habían hecho, cosa que les extrañó. Después de un rápido saludo, Robert dijo:

—¡Vaya, qué tormenta! Parece que se fuera a caer el cielo. Debes tener mucho miedo Rajís.

Rajís, con voz suave y pausada, le contestó:

—Yo no tengo miedo. Mi padre siempre me ha dicho que el miedo es uno de los principales agentes de las desgracias. Es tan poderoso como la Fe pero en el sentido opuesto. La Fe es positiva y el temor es negativo. Él dice que siempre mire hacia el lado positivo de las cosas y de las personas porque nuestra mente es como un espejo que atrae y refleja todo en lo que ponemos atención. ¿No se han fijado ustedes que cuando ocurre algo malo

en una familia, algo como una pérdida de dinero, o una muerte, o un accidente, o cualquier otra cosa, se desencadena lo que ellos llaman “una racha de mala suerte”? Ellos no se dan cuenta que son ellos mismos los forjadores de esa “racha” al prestar atención, al dirigir la atención a las cosas malas que suceden. Es como una cadena. Todo es efecto de alguna causa y toda causa, bien sea física o mental, tiene su efecto.

Jasmid y Robert quedaron anonadados por aquella magistral clase que en pocas palabras había expuesto Rajís. Fue muy sencillo para ellos, y en especial para Jasmid, entenderlas.

—Tu padre debe ser un gran sabio —dijo Robert.

—¡Oh sí, señor! Él toda su vida ha estudiado misterios tan grandes y tan sorprendentes que son poco creíbles para muchos, pero ciertos y simples en su Naturaleza. Él sabe mucho sobre el hombre y su interior, así como del hombre y su exterior.

—Ya yo había oído hablar de tu padre —continuó diciendo Robert—. Dicen por ahí que él maneja varias fuerzas de la Naturaleza a su voluntad y que es todo un honor tener una charla con él.

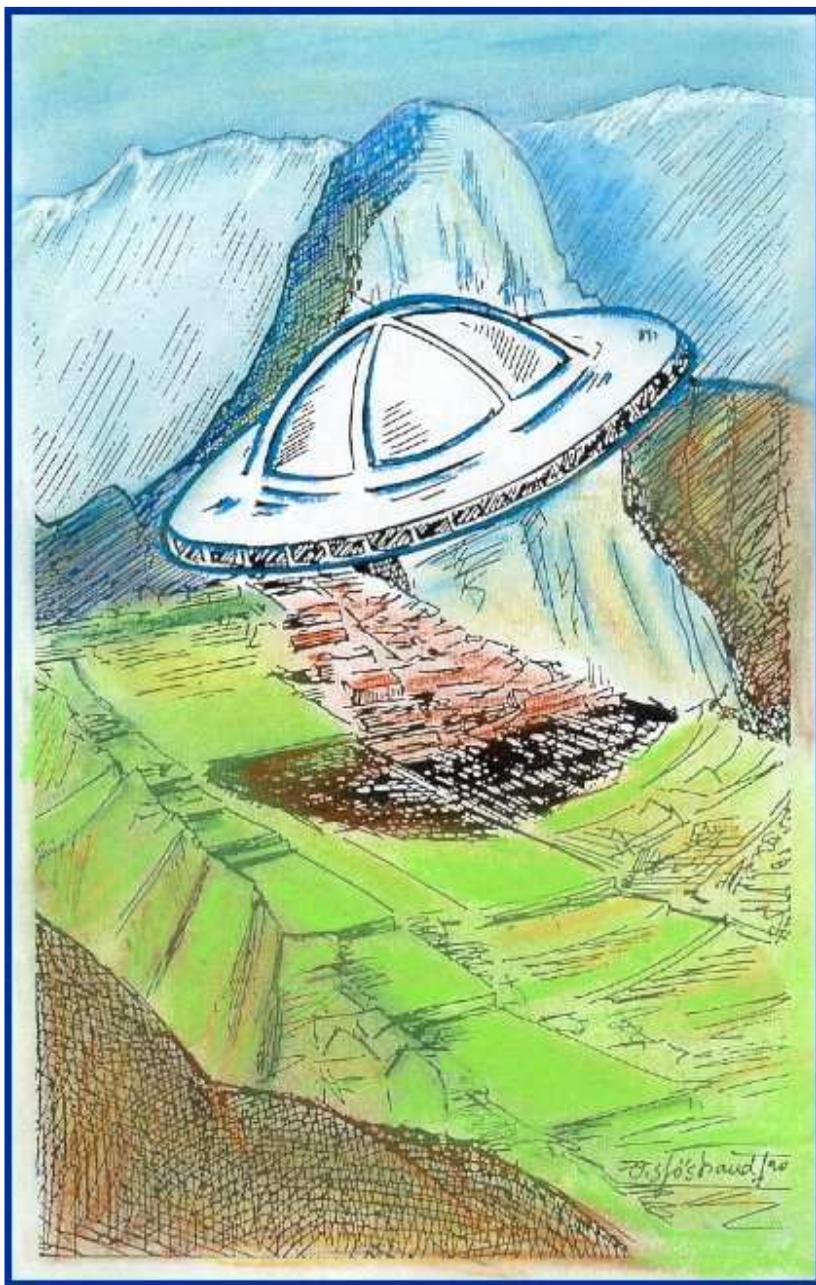
Entonces, Jasmid intervino diciendo:

—Los Principios que él ha estudiado son los mismos que se han estudiado a través de toda la historia de la raza humana. Son muy elementales en su naturaleza y cualquiera, con un poquito de observación, sentido común y voluntad, puede hacerse dueño de ellos. Estos rigen al Universo en su totalidad y forman parte inseparable del mismo.

—¡Vaya! parece que estoy en una reunión de sabios — continuó diciendo Robert aún más anonadado—. ¿Dónde aprendieron ustedes todo eso?

¡Válgame Dios!, si parecen unos Maestros hablándome de la Sabiduría.

Mientras tanto, afuera, la tormenta se fortificaba cada vez más. Parecía contener la reunión de todas las cosas malas del mundo. En ese instante, una noticia aterradora se hacía saber al pueblo: “La gran nube negra no sólo cubre a la región de los Himalayas, sino que cubre a más del ochenta por ciento del planeta”. La gente aterrorizada pensaba que este era el final de la Tierra. Era todo un caos. A eso de las dos de la tarde, Jasmid salió solo de la tienda de Robert con la excusa de tener una cita impostergable. La tormenta se había intensificado todavía más y ahora cubría la totalidad del planeta.



CAPÍTULO IV EL PALACIO DE LA LUZ



la llegada de Jasmid al punto de reunión acordado por su Maestro se encontró con una joven. Era la misma joven de aquel día del choque con el padre de Rajís. Pero esta vez estaba un poco diferente, la rodeaba una suave aura color rosa y colgado en el centro de su pecho llevaba un gigantesco rubí. Era el rubí más grande y radiante que jamás había visto. Acercándose, la joven le dijo:

—Querido compañero, es hora del trabajo. No podemos esperar ni un solo minuto más. El Ser que viste ayer y que te dijo que se encontrarían hoy me pidió que viniese a recogerte y que te comunicara que se verían en el salón al cual nos dirigimos. ¡Vamos!

Y tomándolo de la mano entraron por una abertura de una cercana montaña. Las rocas se abrían y luego se cerraban a su paso, era como Si éstas obedecieran al mandato interno de la joven. Una suave aura azul recubría tanto a Jasmid como a su acompañante.

Después de unos minutos de recorrido llegaron a un salón circular. En él no había lámparas o luz eléctrica que lo iluminase, sin embargo, estaba bien iluminado, parecía que el mismo aire que circundaba el lugar cargara dentro de sí esa luz. La joven dijo:

—Nosotros hemos llegado a comprender el origen de la Luz y la hemos puesto a nuestro servicio, al igual que toda la propia

Naturaleza incluyendo la naturaleza de nuestro Ser. Esperaremos aquí unos segundos, han de venir de muy lejos unos amigos indispensables para el trabajo.

Mientras esperaban, Jasmid detallaba minuciosamente aquel amplio salón. Se dio cuenta que en él no había entradas ni salidas, mas no sabía por donde había entrado. La espera no fue más larga. Como de la nada se iban formando tres imágenes frente a ellos. Se fueron delineando más y más, hasta que por fin se podían ver con claridad sus cuerpos radiantes. Estos, ya habiendo llegado, dejaron caer suavemente sus pies al suelo con la más hermosa gracia. Eran dos hombres y una mujer. Los hombres medían aproximadamente seis pies y medio y la mujer un poco menos. Sus vestiduras eran impecablemente autoluminosas, al igual que el ropaje al estilo oriental de la joven que acompañaba a Jasmid. A todos les recubría un aura rosa muy fragante. El salón brillaba aún más con la presencia de estos seres.

—¡Gracias Melanie! Has hecho un buen trabajo —dijo uno de ellos dirigiéndose a la joven.

En ese instante, este Ser —al parecer el más poderoso entre ellos—, dirigió su mirada hacia Jasmid y añadió:

—¿No me reconoces, Jasmid?

Jasmid sintió recorrer en su cuerpo una hermosa brisa como si estuviese cargada de vida. Y éste, sin pensarlo más, le respondió:

—¡Maestro, eres tú! Pero, ¿cómo es posible? ¡Te veo tan diferente!

Entonces, el Ser le dijo:

—Nosotros tenemos la facultad de cambiar nuestro cuerpo a voluntad para diferentes trabajos que tengamos que desarrollar. Esta capacidad la lograrás tú dentro de muy poco, porque de una forma u otra ya has pasado a formar parte de nuestra Legión de servicio a la humanidad.

Jasmid quedó sorprendido por las palabras de su Maestro y con voz muy humilde dijo:

—¿Pero, yo qué puedo hacer? Yo no tengo ningún poder como ustedes, no me desvanezco en la nada, mas no tengo luz propia. Sólo soy un ser humano.

—El ser humano es más poderoso de lo que la mayoría piensa —continuó diciendo el Ser—. En su naturaleza y en su interior es puro y sólo necesita acallar su exterior para que su pureza surja y derrumbe todas las limitaciones que aparentemente tiene encima. Te digo, amado discípulo, que no hay mal en el ser humano a menos que él mismo lo acepte.

—Entonces, ya estamos listos para entrar al gran salón. Luego iremos con otros amigos y con una sorpresa para ti— añadió.

En ese momento, y tan rápido como un rayo, se abrió en uno de los extremos del salón una gran compuerta dejando entrar la más suave luz. Jasmid se incorporó al grupo de su Maestro y, dando gracias a Melanie, pasaron al otro salón. Este era muchísimo mayor que el anterior y en su centro se encontraba una mesa rectangular con más de cien sillas que estaba decorada de la manera más exquisita. La mesa en sí era de oro puro, pero este metal era de un tipo jamás visto en el exterior. En sus bordes

se dejaban caer unas hileras de lo que parecían diamantes azules, los cuales hacían juego con un mantel, que estaba bordado en una tela muy brillante y colorida, también desconocida en el exterior. El mantel en cuestión caía hasta más o menos la mitad de la altura de la mesa, descubriendo así sus relucientes bases de oro macizo. Las sillas, que eran del mismo material que el de la mesa, tenían un espaldar alto y recubierto de preciosas gemas que parecían bailar al ritmo de la luz que en ellas se reflejaba. La silla de la cabecera era de un espaldar mucho mayor que el resto. En ese instante, y al haber llegado a la mesa, el Maestro de Jasmid dijo:

—¡Pueden sentarse, queridos invitados!

Justo al ellos sentarse apareció como de la nada y en el centro de la mesa un círculo de radiante luz dorada. El Maestro de Jasmid, habiéndose sentado de último en la silla principal de la mesa, continuó diciendo:

—Amados hermanos de este pequeño concilio, estamos aquí reunidos hoy para llevar a cabo los primeros pasos para la instrucción de este amigo —dirigió su mirada hacia Jasmid—. Todos sabemos la necesidad de ayuda que tiene nuestra Tierra pero es imperativo y sumamente apremiante que Jasmid obtenga toda la instrucción necesaria para llevar a cabo el gran y último trabajo contra las fuerzas del mal, que como sabemos todos han venido escurriéndose entre la humanidad y multiplicando los males desde el anonimato.

Mientras tanto, el círculo de luz dorada, ya hecho esfera, desprendía de su centro juguetones destellos violetas y su brillantez se incrementaba aún más cuando el Maestro pronunciaba las palabras.

—¡Jasmid! —dijo. ¿Estás de acuerdo en ayudarnos en esta larga y peligrosa tarea?

Y Jasmid, sin vacilación, respondió:

—Estaré de acuerdo en ayudarles en todo lo que pueda, mas doy gracias por permitírmelo hacer. ¡Estoy a sus completas órdenes!

Y con cara radiante, el Maestro de Jasmid añadió:

—Veo que el Gran Señor That no se equivoca al escoger a los sinceros ayudantes de la humanidad. Bien, ahora iremos en un viaje rápido a la región de la Cordillera de los Andes. Debido a que tú, Jasmid, no puedes todavía desvanecer tu cuerpo y viajar como nosotros, haremos el viaje en un tipo de vehículo que en un tiempo fue usado en la Tierra, pero con motivo de los malos propósitos que se le empezaron a dar fueron depositados en lugares inaccesibles para los humanos.

Y sin la menor espera, la luz de la esfera que estaba en el centro de la mesa se expandió y cubrió a todos los presentes incluyendo a Jasmid. Después de unos segundos, la esfera fue disminuyendo de tamaño hasta desvanecerse y perderse por donde mismo salió. Era como si esa esfera de luz fuese alguna presencia que había estado escuchando las órdenes del Maestro de Jasmid. Un silencio total se hizo inmediatamente, y un instante después se empezó a escuchar un sonido que parecía venir del suelo. Jasmid estaba asombrado con lo que pasaba. Todo el piso de aquella gran sala se deslizaba lentamente hacia abajo. Después de unos segundos, la plataforma se estabilizó y se pudo vislumbrar, en un extremo del salón, otra entrada. Esta era diferente a la anterior, sus bastidores parecían estar hechos del más límpido platino. Jasmid y los otros dejaron sus asientos para

dirigirse a la extraña puerta. El Maestro la abrió instantáneamente pasando sus manos encima de una región cercana a ésta, y al terminar de abrirse dijo:

—La humanidad está casi inconsciente de varias civilizaciones que se han desarrollado en el planeta Tierra y en otros planetas de este sistema. Hace casi diez mil años se utilizaron estos efectivos aparatos de vuelo —dirigió su dedo índice hacia lo que parecía un grupo de naves voladoras—. Fue increíble el auge que tuvo esta última civilización, pero debido a odios y guerras entre ellos, desapareció y de ella quedaron escasos restos sumergidos en lo que ahora llaman el Océano Atlántico.

Varios seres se desplazaban presurosos de un lado a otro dentro de aquel gran salón. Parecía que estaban muy atareados y en efecto así era.

El Maestro continuó diciendo:

—Se necesita de unas últimas revisiones y ajustes antes de poder adaptarse al medio ambiente actual.

Las naves eran ovaladas y del mismo sutil platino que recubría la puerta de la entrada. No poseían puertas. Eran completamente compactas y muy aerodinámicas. De la nave central del grupo descendió una pequeña plataforma y en ella un señor de larga barba y vestiduras blancas que, luego de bajarse y de haber llegado al grupo donde se encontraba Jasmid, dirigiéndose al Maestro, dijo:

—¡Señor, su nave está lista!

A Jasmid le pareció conocida su cara y no pudiendo resistir la curiosidad le preguntó:

—¿Usted no es el padre de Rajís, señor?

Después de un pequeño silencio, el señor le contestó:

—Sí, Jasmid. Yo soy el padre de Rajís. ¡Eres muy observador! Para mí es un verdadero placer volver a activar mis amadas naves para tu servicio y el de la humanidad.

—¡Gracias, querido amigo! —interrumpió el Maestro—. ¡Ha hecho usted un gran trabajo!

El padre de Rajís, volviéndose hacia la nave central, continuó diciendo:

—Está a sus inmediatas órdenes. El ajuste de su frecuencia vibratoria fue acelerada a la suya, obedecerá a cualquier orden que usted le dé.

En ese instante, la nave se cubrió de una sustancia luminosa y de inmediato se elevó unos metros, luego descendió exactamente a unos pies de distancia del Maestro. Su velocidad fue casi imperceptible.

—¡Entremos! —dijo el Maestro.

Y mientras todos se dirigían a la nave de unos quince pies de altura y unos cincuenta de diámetro, una plataforma exactamente del tamaño que ocuparían todos se desprendió de la misma hasta el suelo dejando al descubierto su entrada. Todo en el más silencioso menester. La nave flotaba a unos nueve pies de altura con lo cual pudieron pasar sin agachar sus cabezas. Parecía

contener vida propia. Al aproximarse a ella aumentaba el calor, pero éste nunca sofocaba.

Una vez adentro, Jasmid, el Maestro y otros doce seres que se habían incorporado, se sentaron en una especie de mueble modular que daba la vuelta a toda la nave y que estaba hecho de lo que a simple vista parecía metal pero al contacto era muy suave y mullido. Uno de los seres, al darse cuenta de que Jasmid observaba detenidamente aquel material, le dijo:

—Este material es irrompible, indeformable e imperecedero. Será utilizado muy pronto por la humanidad nuevamente.

La plataforma se ajustó perfectamente, eliminando así las uniones entre ésta y el resto del cómodo aparato. Parecía que nunca hubiese existido tal plataforma. El Maestro se quedó de pie y un tipo de energía comenzó a recubrirle el cuerpo de la cabeza a los pies. Bellísimos y sutiles puntos de luz, los cuales parecían tener conciencia propia, a gran velocidad, iban formando una especie de nube a su alrededor. Ésta cambiaba de color tan rápidamente que daba la sensación de contener todos los colores del arco iris en uno solo. Después de unos segundos, de ella salieron fulgurosos rayos que se proyectaron instantáneamente en cada uno de los presentes incluyendo a Jasmid, el cual permanecía inmóvil frente a tanta expresión de luz y vitalidad. Todos quedaron envueltos por aquella hermosa y envolvente energía, y en ese momento el Maestro pronunció en voz alta la palabra “Alaya”. La nave se elevó rápidamente y, saliendo por una abertura de entre los Himalayas, se orientó hacia América. Dentro del aparato no se sentía el más leve movimiento. Esa máquina era sumamente sutil y delicada. Albergaba en su interior una especie de pantalla en tercera dimensión la cual proyectaba el exterior y daba la impresión de estar volando sin ningún aparato, la nitidez de esta pantalla era

asombrosa. En unos segundos recorrieron el Atlántico y enseguida descendieron en uno de los tantos picos que constituyen los Andes del Perú.

—¡Hemos llegado! —dijo el Maestro.

Al descender la plataforma con todos los pasajeros, grande fue la sorpresa de Jasmid al ver a su padre.

—¡Papa-Frank! —dijo con la voz un poco temblorosa.

Y sin más espera, se unieron en un fuerte y amoroso abrazo.

—Ya ves, hijo —dijo Papa-Frank—. Nunca podemos estar separados. Siempre estaremos juntos, en cualquier forma, mientras queramos. Todo lo veo ahora con mayor nitidez, es como si hubiesen derribado un gran velo que se sostenía delante de mí. Estoy aún más asombrado que tú. Desde el primer día que llegué no he hecho más que admirar la gran belleza y armonía que conservan estos maravillosos seres.

Jasmid, soltándolo suavemente del abrazo, dijo:

—Es asombroso que estos seres ayuden tanto a la humanidad y que ella permanezca totalmente ignorante de sus presencias.

El Maestro interrumpió la conversación añadiendo:

—Esta era la sorpresa que te tenía Jasmid. Bueno, es hora de que descanses porque mañana será el día de la verdadera instrucción y es necesario que tu cuerpo, sentimientos y pensamientos estén serenos.

La nave había descendido en una gran explanada de las cumbres más altas de la ya mencionada cadena montañosa y a pesar del frío que hacía, Jasmid no sentía la más leve molestia.

El Maestro continuó diciendo:

—Hemos llegado al Palacio del Diamante, pónganse cómodos en sus respectivas habitaciones. Mañana vendrán conmigo unos amigos de nuestro querido planeta vecino Venus para iniciar tu verdadera instrucción, Jasmid.

La nube negra que cubría el cielo por completo no llegaba hasta esa cumbre, ella permanecía flotando a mucha distancia por debajo de allí. La gran puerta de entrada del Palacio del Diamante estaba abierta de par en par y en la parte superior había un letrero que llamó mucho la atención de Jasmid. El letrero decía “Alaya”. El interior del palacio, las escaleras, las puertas, los pasillos y todo lo demás eran del más puro y transparente cristal, como hecho de diamante puro. Ya se hacía tarde y Jasmid bostezaba de cansancio. Lo más raro era que después de que su Maestro le diera aquel líquido el día del encuentro, nunca más volvió a tener hambre. El Maestro desapareció haciendo una reverencia sólo conocida en el oriente. Él partió junto con la mitad de los viajeros. La nave había desaparecido un poco antes. Jasmid, acompañado por su padre y el resto de los seres, pasó al interior del Palacio. Por su mente pasaban pensamientos de curiosidad con respecto al origen de aquel tan extraño y a la vez hermoso Palacio. En eso, se acercó una bella joven. Era alta y sus cabellos dorados le caían hasta la cintura. Su rostro era del rosa más sutil y sus ojos de un azul profundo paralizaban a cualquiera que los mirase. Con un porte principesco caminó hacia Jasmid y, contestando a sus interrogantes mentales, le dijo:

—Este Palacio es uno de tantos que hay diseminados por toda la Tierra. Su misión es la de dar asistencia a los seres humanos. Desde aquí se irradian diariamente Rayos de Voluntad, Sabiduría y Amor Divinos. Estos se esparcen por toda la atmósfera mezclándose así con los átomos que constituyen el oxígeno. Así, ellos entran a las conciencias de los seres humanos, pero desde que el Ave Diamante desapareció a causa de la gran nube negra, estos rayos son más débiles y casi no logran atravesar la atmósfera. Esta nube fue atraída por el gran demonio Maha Mara y sus seguidores. La humanidad parece haber aceptado esta ola de suciedad que se cierne sobre ella. Nosotros no podemos hacer nada si el humano no lo permite. Es por eso, querido hermano, que has venido hasta aquí. Eres el único que puedes salvarla, pues cada vez aumenta más la maldad a causa de que se refleja dentro de la misma nube. El Ave Diamante era el Ser que concentraba y dirigía los rayos de los que te hablo, y él no aparecerá hasta que se haya disuelto al menos una buena parte de la suciedad que lleva pegada la humanidad, pues no permite suciedad a su alrededor ya que es la Pureza misma.

—El Ave lleva ya seis días de ausencia, porque aunque la nube apareciera apenas hoy, estaba allí invisible desde entonces. El Gran Señor That ha mantenido este fluir de rayos tanto como su Ser ha podido, pero es menester inseparable del Ave dirigirlos y proyectarlos personalmente.

Mirando ahora fijamente a los ojos de Jasmid, ella dijo:

—Me llamo Sirius y seré tu acompañante durante la instrucción. Aunque tú no lo creas nos conocemos desde hace muchísimo tiempo.

Jasmid sentía algo familiar en ella más estaba muy a gusto en su compañía. Aquellos ojos le transmitían familiaridad y serenidad.

—¡Ven, te llevaré a tu habitación para que puedas descansar!
—continuó diciendo Sirius.

Entonces el padre, al despedirse, le dijo:

—¡Buenas noches querido hijo! ¡Que descanses!

El Palacio era gigantesco e impresionante y en su exterior lo cubría un arco iris completo. Este estaba presente y radiante tanto de noche como de día. A medida que nuestro intrépido amigo y su nueva acompañante Sirius subían la escalera principal, en el interior de Jasmid la emoción y la expectativa se podían percibir muy vigorosas. Todo él estaba envuelto sin darse cuenta en una suave luz azul. Estando junto a Sirius se sentía completo. Habían llegado ya a la puerta de la habitación que sería de Jasmid, cuando Sirius dijo:

—Buenas noches, Jasmid. Mañana las campanas internas te despertarán a las nueve en punto.

Y haciendo una breve reverencia desapareció en el aire como una nube de humo. Jasmid giró suavemente el picaporte de la puerta. Este era una gigantesca esmeralda. Al entrar y detallar la habitación, se encontró que no había cama donde descansar y estando decidido a avisarle a Sirius, en su mente se escucharon las palabras: “No temas, tu cama está presente, sólo debes llegar al punto de color naranja dibujado en el piso y visualizarla como la deseas. El ropaje de dormir se encuentra en el armario a tu izquierda. ¡Que descanses!”.

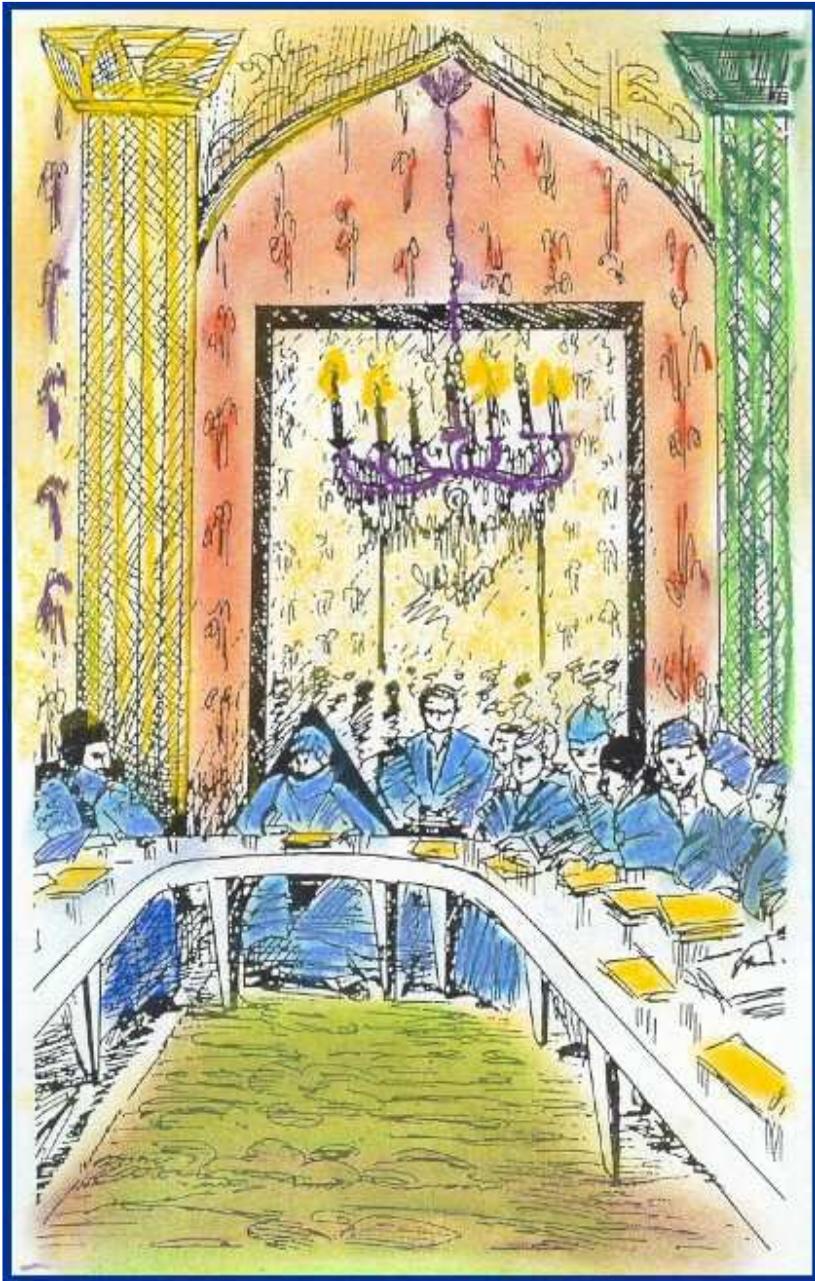
Sí, era la voz dulce de Sirius. Al parecer estos seres tenían la habilidad de comunicarse por el medio llamado telepatía. Mientras Jasmid se vestía con la ropa de dormir, pensaba:

—Son increíbles; sus cuerpos pueden flotar suavemente en el aire, pueden trasladarse a cualquier parte del Universo sólo con pensarlo, pueden leer la mente como se lee un libro abierto. Estos seres tienen un gran poder. Cuando estoy junto a ellos se deja sentir una fuerza muy grande en mi interior que no puedo explicar. Su Sabiduría podría decirse que es inmensa. Estoy muy contento de que me escogieran para esta labor tan secreta y extraña que debo hacer, espero no defraudarlos.

Una vez sobre el punto anaranjado, justo en el centro de la habitación. Jasmid se sentó, cerró los ojos y —como quien dice— comenzó a trabajar con su mente para que apareciese una cama. Al cabo de unos segundos su cuerpo se fue levantando suavemente del piso. Aún permanecía con los ojos cerrados. Como de la nada se comenzó a delinear la figura de una cama de estilo oriental, llena de hermosas telas y delicados colores. Esta se iba haciendo más y más densa hasta el punto en que Jasmid la sintió sólida debajo de él. En ese instante abrió los ojos y casi no lo podía creer. Se dijo mentalmente:

—¡Esto es increíble! ¡Qué maravilla! Sólo con pensar y mantener esa imagen en mi mente... ¡Fascinante!

Luego se deslizó entre sus sábanas, y con un gesto de gratitud y paz en la cara, cerró sus ojos y quedó completamente sumergido en el sueño.



CAPÍTULO V EMERGENCIA MUNDIAL



IENTRAS tanto, en todos los países del mundo había alerta máxima. Todo se cernía en oscuridad y tensión. Enfermedades físicas y psicológicas se precipitaban presurosas sobre la humanidad. Cada pensamiento de maldad que tuviese cualquier persona era convertido casi de inmediato en un horrible monstruo que salía disparado de su boca. Mas tarde regresaba, después de haber pasado por la gran nube negra, agigantado y más poderoso, y se pegaba a su creador, formando así capas y capas de algo parecido a la herrumbre hasta que el ser, el cual les había dado vida, quedaba completamente paralizado y sumergido dentro de sus propias creaciones de horror. Quedaban envueltos en una especie de capullos, tan impenetrables que ningún artefacto de la Tierra podría jamás romperlos. Todas las acciones, palabras y sentimientos malos se devolvían a sus creadores en forma de enfermedades y calamidades. Todo ocurría en un corto espacio de tiempo, era un holocausto total. Pero, en cambio, había personas, de cada cuatro una, que no creaban tales monstruos sino todo lo contrario. De sus mentes salían fuertes rayos que disolvían a muchos de los monstruos creados por los demás. Eran una especie de ayudantes de los Seres de Luz del Palacio del Diamante y los otros palacios. Algunos de estos seres humanos estaban conscientes de la ayuda que prestaban y otros no. Claro está que los rayos de los que ayudaban conscientemente eran mucho más fuertes y nítidos de los que no lo estaban. En torno a ellos se formaba una especie de pared luminosa que retenía a los monstruos que asechaban.

Nadie sabía de dónde salían tales deformidades. Sufrían mucho por no comprender su origen. Era increíble ver como la humanidad se destruía a sí misma. A eso de las dos de la madrugada, un gigantesco rayo de Luz que provenía del espacio exterior atravesó la gran nube e hizo contacto con una pirámide muy conocida del Perú. Este rayo penetró por su vértice superior. Un estruendoso sonido se oyó por todos los alrededores. La pirámide quedó recubierta unos segundos por una especie de energía dorada.

Ya eran las nueve de la mañana y pronto se dejó escuchar el sonido de unas campanas en el Palacio del Diamante, las cuales parecían tener el sonido de un cristal al percutirse suavemente. Estas retumbaban por todo el Palacio. Jasmid se despertó con su sonido tan especial y se dijo:

—¡Ya deben ser las nueve de la mañana! ¡Me vestiré y bajaré!

Inmediatamente abrió el armario para tomar su ropa. Se sorprendió mucho al ver que ésta era muy diferente a la que había dejado allí la noche anterior. Era de una tela muy fina y autoluminosa, mas no había costuras por ningún lado. Su estilo era oriental y cambiaba de color con los destellos de Sol que penetraban por las amplias ventanas del Palacio. Luego de vestirse, bajó las cristalinas escaleras y se encontró con Sirius. Esta le dijo:

—¡Buenos días, Jasmid! Espero que hayas dormido bien.

—¡Oh sí, como nunca! ¡Gracias! —dijo Jasmid muy complacido.

—Ven, ahora te llevaré al gran Salón del Concilio donde están ya tus instructores reunidos. Anoche llegaron desde nuestro amado Venus dos poderosos seres que debes conocer y que te ayudarán por el largo Sendero.

Sirius tomó de la mano a Jasmid para conducirlo al gran Salón del Concilio, el cual se encontraba en la parte más alta del increíble Palacio. Mientras caminaban, Jasmid iba observando muy abstraídamente la construcción de aquel maravilloso lugar. Era verdaderamente inmenso y fascinante.

—El material del que está hecho —dijo Sirius— es el más puro y más sutil del Universo. Es de pura Sustancia Universal. Este Palacio y otros más existentes alrededor de la Tierra y del Sistema fueron hechos por siete Seres de alto rango en la Jerarquía Universal hace millones de años, y desde entonces no ha sufrido ningún tipo de desgaste, pues aquí no existe el tiempo. El tiempo es sólo una limitación netamente humana. Para nosotros sólo existe el eterno presente.

—¿Cómo es posible que ustedes tengan tanta edad y aparenten ser unos seres muy jóvenes? —preguntó Jasmid.

—Nuestro cuerpo es moldeable a nuestras necesidades — contestó Sirius—, pues éste fue el propósito para el cual se nos dio. Hemos pasado milenios adiestrándolo y estudiándolo. Algunos necesitamos más tiempo que otros pero al final todos lo lograremos, pues es el designio divino que aún vibra y vibrará en el Universo desde el principio. La evolución es constante y nunca perece, es siempre ascendente y en ella está intrínseca la Vida.

—¿Me quieres decir que aún te falta más por evolucionar? preguntó de nuevo Jasmid, pero esta vez un poco asombrado.

—¡En realidad, sí! Como te dije antes, la evolución es constante. Por ejemplo, tu Maestro está más evolucionado que tú, pero no más que el Señor That, que es su Maestro, y éste a la vez está menos evolucionado que su Maestro y así sucesivamente. Todo en la vida necesita de algo más adelantado para poder evolucionar, algo que le sirva de patrón y de ejemplo. Pero no pienses jamás que el que te sirve de ejemplo va a solucionar tus problemas o hacer tu trabajo. Tus problemas los debes resolver tú, ya que de lo contrario estarás estancado en la evolución hasta que por tu propia iniciativa y voluntad comiences a caminar y avanzar otra vez. Todo el servicio y todas estas revelaciones que se te están dando te las mereces por tu propio trabajo interior y no por el trabajo de otros.

Llegando al salón se percibía una gran actividad. Muchos seres vestidos con túnicas azules se desplazaban de allá para acá portando en sus manos una especie de rollos. Estos eran de color dorado y con una cinta violeta que los ataba. En el centro del mismo salón, una gigantesca columna sostenía algo verdaderamente maravilloso, una gran esfera de Luz. Medía aproximadamente veinte pies de diámetro y en su interior fulguraban tres flameantes llamas de colores: la Azul a la izquierda, la Dorada al centro y la Rosa a la derecha. Era tan impresionante aquel espectáculo que Jasmid quedó como hipnotizado por su belleza. En eso, Sirius dijo:

—Si el ser humano pudiese ver siquiera por un instante su interior, su verdadero Ser, jamás se apartaría del lado del Bien.

La Luz de la gran esfera iluminaba todo aquel salón por completo. Destellos multicolores se reflejaban en sus paredes y un suave aroma a rosas inundaba todo el recinto. Sirius continuó diciendo:

—Cada vez que hay una Edad Dorada de Sabiduría y Amor en la humanidad, este tipo de esferas son llevadas a la Tierra para su bendición y prosperidad. La que tenemos aquí, por ejemplo, estuvo en un continente ya olvidado por los seres humanos, el cual estaba ubicado en lo que ahora es el Océano Pacífico. Su civilización, al igual que la de la Atlántida, llegó a grandes alturas del conocimiento y avance internos. Ellos creaban de sí todo lo que necesitaban, pero fueron olvidando poco a poco cuál era la fuente de donde recibían todas aquellas bendiciones, comenzaron a atacarse los unos a los otros por el poder, empezaron las actividades aborrecibles que el mundo externo conoce hoy con el nombre de brujería y espiritismo pero que no es más que la utilización egoísta, descontrolada y completamente deformada de las energías de la Naturaleza y del Universo. Maestros de Luz se presentaban pidiendo a los seres humanos su corrección pero éstos se creían sumamente poderosos e inamovibles. Cataclismos, terremotos y demás males cayeron sobre ellos. La Naturaleza les hizo pagar todos los crímenes cometidos contra ella. Pero no todas las civilizaciones que han evolucionado en la Tierra han caído en tal error, Jasmid. Hubo varias civilizaciones, al comienzo del planeta Tierra, que evolucionaron y maduraron a su debido tiempo. Una de ellas se desarrolló en lo que ahora se llama el Polo Norte. Todas estas civilizaciones ya maduras, regresaron a tiempo al Sol, mientras que se dejaba espacio para que otras evolucionaran después. Algunos cuentos y leyendas exponen parte de lo que te he dicho, sólo tienes que aplicar un poco de ti, y de tu sentido común, para que se te descubran. En ese momento, el Maestro de Jasmid, que estaba presente en el Concilio, se levantó de su asiento y dijo:

—Bienvenidos todos, hermanos de Venus. Gracias por prestamos su gran asistencia.

Ahora, dirigiéndose a Jasmid, dijo:

—Jasmid, acércate y siéntate por favor. Pon mucha atención a lo que te vamos a decir.

Al momento se levantó de la mesa uno de los radiantes seres que había venido desde Venus. Con voz radiante y penetrante, dijo:

—¡Es uno el Sendero a recorrer y siete los portales que debes pasar! ¡Debes llevarte por la Doctrina del Corazón y no por la doctrina del ojo! ¡Remóntate por encima de las ilusiones y busca tu verdadero Ser! No confíes en aquel que te diga que para conseguir el Ave Diamante debes dejar de amar a todos los seres. Si te dicen que el pecado nace de la acción, y la bienaventuranza de la inacción absoluta, diles que mienten. Fija tu mirada, Jasmid, en la estrella flamígera de las regiones sin límites de lo desconocido, aquella que ilumina el Sendero y que jamás flaquea ante el arrasador viento. Sabe, amigo, que este es el Sendero Secreto escogido por los Seres de Perfección que han sacrificado el yo a los yoes más débiles. ¡Vigila lo inferior no sea que paralice lo Superior!

Después, el Maestro de Jasmid extendió sus manos y de un destello aparecieron en ellas siete radiantes llaves de oro. Entonces, dijo:

—¡Aquí están las llaves que te conducirán, a través del Sendero, hasta la otra orilla! Estas, utilizadas debidamente, son capaces de abrir los Portales. ¡Tómalas, Jasmid!

Las llaves que sostenía el Maestro en sus manos eran de oro macizo y de un brillo muy especial. En su parte superior tenían una gema cada una de un color diferente. Eran la Llave de la gema Azul, la Llave de la gema Dorada, la Llave de la gema Rosa, la Llave de la gema Blanca, la Llave de la gema Verde, la

Llave de la gema Oro-Rubí y la Llave de la gema Violeta. Jasmid quedó impresionado por la belleza singular de éstas, y tomándolas con reverencia preguntó:

—¿Qué Llave utilizaré para cada puerta, Maestro?

Y su Maestro, con voz dulce, le contestó:

—Es menester de nosotros indicar el camino. Si te dijese cuál Llave debes usar para cada Portal no habría provecho en tu instrucción. No te preocupes, tú sabrás cuál usar en su debido momento, tu intuición y sentido común te guiarán.

Entonces, el otro ser de Venus, que había permanecido sentado y en silencio, se levantó y dijo:

—Sirius, nuestra amada compañera, te llevará a través del Sendero hasta que tú puedas recorrerlo solo. El Ave Diamante reside después de la Séptima Puerta. Una vez que llegues a ella sabrás qué hacer. La suerte aquí no juega ningún papel. En el Sendero todo pensamiento se hace realidad y todo lo que existe es causa del pensamiento.

En la reunión también estaba presente el padre de Jasmid pero éste no lo había reconocido pues estaba un poco diferente, parecía como más rejuvenecido y lo recubría una suave aura rosa justo al contorno de su cuerpo.

—Hijo mío —le dijo, levantándose.

—Debes tener mucho cuidado de lo que se arrastra en las tierras más profundas. Debes tener cuidado al toparte con las grandes aves de la ilusión comandadas por Mara y sus ayudantes. Con sólo rozarte te echarán al abismo de la incertidumbre, el

abismo sin fondo. Doy gracias reiteradas a estos maravillosos seres por toda la ayuda que me han prestado y también por haberme escogido para llevarte hasta la Primera Puerta.

En ese instante y justo a un lado de la columna que sostenía a la gran esfera de Luz que era contentiva de la Llama Triple — como así la llamaban—, comenzaron a destellar rayos de un blanco purísimo. Estos chocaban y rebotaban por todo el gran salón generando sonidos armónicos inenarrables. Su intensidad aumentaba cada vez más hasta que hubo un momento en que Jasmid cerró sus ojos casi cegado por tal avalancha de Luz que se desbordaba frente a él. Era como mirar al Sol directamente. Después de unos segundos de silencio, los destellos, comenzaron a reducir su intensidad. Jasmid abrió lentamente sus ojos y pudo ver que dentro de toda aquella ígnea manifestación se delineaba la figura de un gran y hermoso Ser. Medía aproximadamente ocho pies de altura. Su ropaje era hecho íntegramente de piedras preciosas. En su cabeza sostenía un turbante que dejaba caer en su parte frontal un gran zafiro de un amarillo muy intenso que justo le quedaba al nivel de su frente. Sus ojos eran de un azul muy delicado y hermoso, y llevaba una barba partida casi dorada. Haciendo una breve reverencia, se acercó hasta la mesa. Entonces, el Maestro dijo:

—Este Gran Señor es el Señor That, regente de todos los Palacios de Luz sobre la Tierra. Él es quien ha sostenido y enviado los Rayos desde que el Ave Diamante decidió irse.

Todos se levantaron de sus asientos y le hicieron una reverencia que sólo se hace en las grandes cortes.

—Me complace mucho saber que se le han confiado tales secretos a este joven hermano —dijo el Gran Señor That dirigiéndose a la reunión pero mirando a Jasmid.

Su voz verdaderamente parecía contener vida. Estaba llena de fulgor y se puede decir que parecían choques de corrientes eléctricas.

—Ha llegado el momento de tu partida al gran y último trabajo. Tu Maestro, tu padre y Sirius te acompañarán hasta la Primera Puerta. Sirius se quedará contigo hasta que puedas continuar solo. Tu partida y mi llegada diaria han coincidido. ¡Desde lo más profundo de mi Ser te deseo lo mejor y que triunfes!

Cuando el Señor That terminó de decir estas últimas palabras, a Jasmid le recubrió presurosa una gran aura de un azul intenso que en sus bordes si iba convirtiéndose en violeta y luego en el rosa más hermoso que jamás se haya visto. Acompañado de dos seres, el Gran Señor That salió del salón del Concilio para comenzar a irradiar los Rayos que diariamente venían del Cosmos hacia la Tierra para su bendición y prosperidad. Dando gracias a todos los presentes y en especial a los Hermanos que habían venido desde Venus, Jasmid, salió junto con su Maestro, su padre y su amiga Sirius rumbo al Sendero. Después de recorrer una distancia considerable a través de los pasillos del Gran Palacio, llegaron a lo que se puede denominar como una sala de adelantos tecnológicos donde había todo tipo de aparatos electrónicos muy sofisticados.

—Este Salón —dijo el Maestro— es el Salón Electrónico del Palacio. En él se encuentran reunidos todos aquellos aparatos electrónicos de Bien que se han hecho en la Tierra y los próximos que se harán. Aquí nuestros técnicos manejan energías de las cuales el mundo exterior está en total ignorancia. Por ejemplo, este objeto el cual se sacará al exterior muy pronto — siguió esta vez señalando a una pequeña caja muy aerodinámica—, es un aparato musical que suena por medio de

una serie de haces luminosos que chocan con un disco. Este disco gira a gran velocidad y es contentivo de tanta información en su interior que se puede llevar en el bolsillo el sonido de una gran orquest. El sonido de este aparato es altamente puro. También existen otros aparatos muy necesarios para el desarrollo de las virtudes de los seres humanos y que se irán sacando según convengan.

Desde el centro de aquel salón, y en forma habitual, se comenzaron a irradiar hermosos rayos dorados que luego de unos segundos iluminaban todavía más el recinto. Todos los rayos empezaron a condensarse hasta formar una especie de pilar de luz. En eso, Jasmid preguntó:

—¿Que está pasando, Maestro?

—Se está recibiendo información desde la corona del Sol donde se encuentra uno de nuestros centros para la irradiación del Sistema —contestó su Maestro—. Este tipo de comunicación llamada “El Rayo de Luz y Sonido” se dará a conocer a la humanidad a su debido tiempo.

Por medio de aquel condensado pilar de luz, la voz suave y armónica de una mujer daba instrucciones a los seres que allí laboraban, mientras que sus palabras hechas de luz condensada flotaban nítidas y todos podían leerlas.

—Bien, ahora haremos un viaje interno a través de la cordillera de los Andes hasta llegar a las Montañas Rocosas en los Estados Unidos de Norteamérica. Este acelerador de partículas —dijo el Maestro señalando a un rincón de la sala— nos permitirá transportarnos a gran velocidad hasta nuestro destino. Es uno de los aparatos más sofisticados que actualmente

tenemos y que también será conocido en el exterior en un tiempo no muy lejano.

—Ustedes —continuó diciendo dirigiéndose a Jasmid y a su padre—, han acelerado la frecuencia vibratoria de sus cuerpos y mentes, y es por ello que podrán viajar ahora a través del Acelerador. ¡Vengan!

Y penetrando todos en una especie de módulo plateado, el Maestro dio la señal a uno de los operadores de que se iniciase el transporte. Así fue. Una vez encendido el aparato y debidamente programado, Jasmid y los demás comenzaron a desvanecerse dentro de aquella sala. Una burbuja de luz acompañada de un gran sonido atravesó en segundos muchas millas de distancia hasta llegar a las Montañas Rocosas. Habiendo llegado, el Maestro dijo:

—Los canales del Acelerador a través de la Tierra y del resto del Cosmos son Infinitos, pues todos los planetas y lugares del Universo contienen el mismo tipo de energía, energía con la cual trabaja el Acelerador.

A su llegada los recibieron unos amigos, los cuales dijeron al Maestro que ya todo estaba listo. El Maestro dijo a todos:

—Saldremos al exterior para ubicar el Primer Portal a atravesar.

Después de una larga travesía dentro de lo que era como una estación de llegada, salieron a la superficie y pronto localizaron la Gran Puerta que permanecía invisible para el resto de los humanos, pero para el que veía de adentro hacia afuera estaba palpitante, viviente y accesible.

El Portal estaba al pie de una gigantesca y empinada montaña, también invisible a los ojos. Había caminos que serpenteando se perdían subiendo a la cima. Entonces, ya para despedirse, el Maestro dijo:

—A esa cima has de llegar tú, Jasmid. Nadie te puede alcanzar hasta allí excepto tú mismo. Una vez que pongas tus pies en el Sendero debes cuidar y estar atento a cada pensamiento y sentimiento que de ti salgan. El Sendero es uno solo para todos; los medios para llegar a la meta han de variar según el peregrino.

—Hasta aquí te hemos podido acompañar tu padre y yo. De ahora en adelante continuarán ustedes dos solos —siguió diciendo el Maestro, dirigiéndose ahora a Jasmid y a Sirius conjuntamente.

El padre de Jasmid se despidió abrazándole y deseándole victoria al igual que su Maestro. Luego Sirius y Jasmid continuaron solos su camino que los llevaría hasta el Primer Portal. Mientras caminaban, Sirius decía:

—Antes de poner los pies en el Sendero cruzando la Primera Puerta, Jasmid, debes haber sacado todo lo personal de ti y ser uno en el sentir impersonal, de lo contrario jamás podrás romper el puente que hay entre lo uno y lo otro. Una vez hecho esto, podrás escuchar la rugiente voz del guardián de la Primera Puerta y podrás responder a sus desconcertantes preguntas.

El ambiente permanecía como cargado de una sutil energía. Las flores que circundaban todo aquel lugar daban a la vista del peregrino el más bello paisaje. Jasmid no podía creer todo lo que le pasaba. Por su mente cruzaban múltiples pensamientos en gratitud profunda hacia la Vida.

Sirius continuó diciendo:

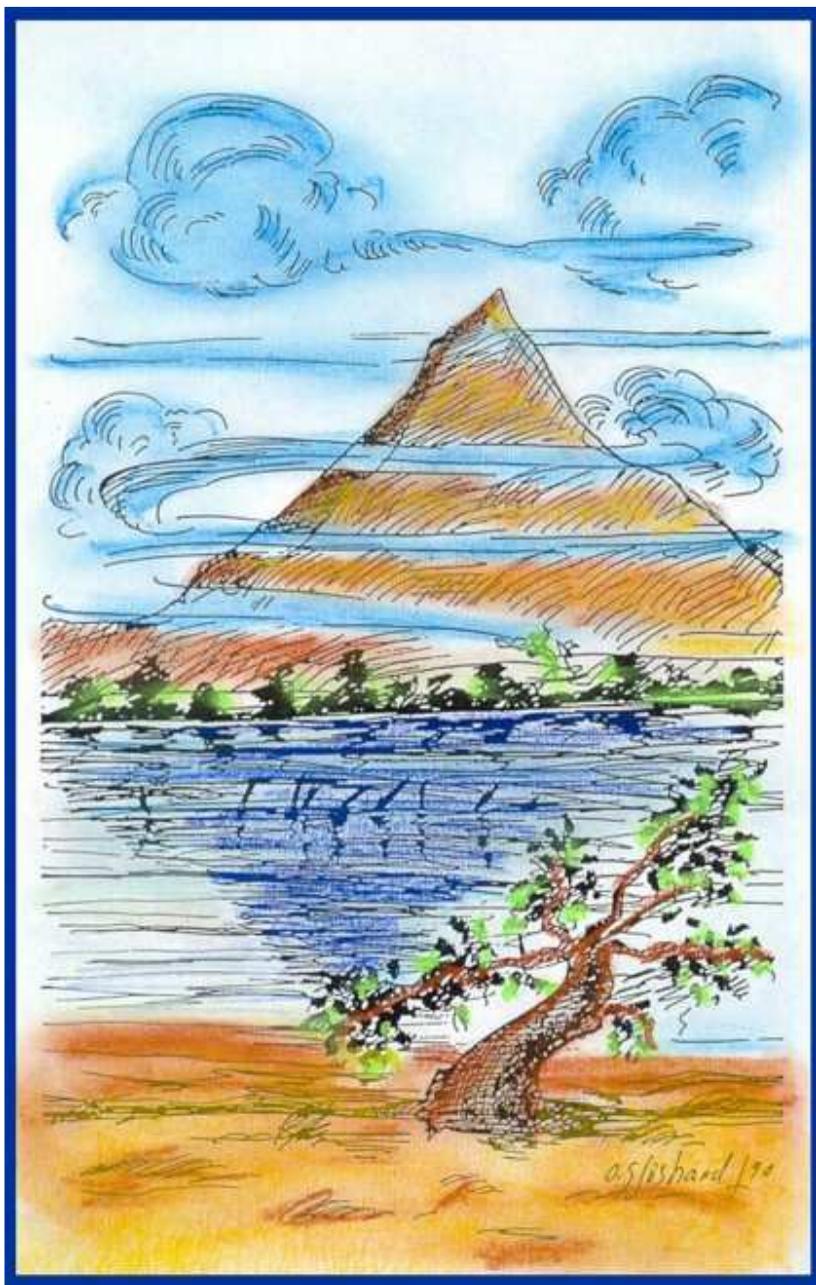
—El Amor hacia todos los seres es indispensable para aquel que quiera permanecer frente a frente al Ave Diamante. Cualquier resentimiento que hayas olvidado en tu corazón hará que tus pasos sean más pasados y tu camino más largo.

Jasmid, entonces, pensaba:

—Mi corazón no encuentra rencor hacia ninguna partícula de Vida, más bien Ama todo lo creado.

—Ese interés que tienes en servir a la Vida —siguió diciendo Sirius— es el primer indicio de que lograrás alcanzar al Ave. ¡Avanza, amado hermano, y no permitas que tu Luz deje de alumbrar!

Aquella montaña era realmente imponente. Su majestuosidad impresionaba los sentidos de nuestro intrépido amigo, y con su andar acostumbrado se fue acercando más y más hasta la entrada de la misma.



CAPÍTULO VI LAS SIETE PUERTAS



ÓLO faltaban algunos pasos para llegar al umbral de la Primera Puerta y estando a mitad de un puente que la precedía Jasmid sorprendentemente cayó de rodillas al suelo y dijo en forma desilusionada:

—¡No creo que pueda hacerlo!

Entonces, Sirius, con voz solemne, replicó:

—Es el momento más importante de tu vida y vas a desistir sin ni siquiera haberlo intentado. Muchos antes que tú han llegado sólo hasta aquí. ¿Vas a formar parte de ellos?

—¡No! —contestó fuertemente Jasmid al tiempo que intentaba incorporarse—. ¡Yo lo podré hacer! ¡No quedaré rezagado sin antes intentarlo con todas mis fuerzas!

Sirius añadió:

—Es debido a tu fuerza de Voluntad, tu Amor Universal y tu Sabiduría que has llegado hasta donde ahora te encuentras. No lo eches todo por la borda, tendrías que esperar muchísimo tiempo para volver a tener una oportunidad así.

Y tomándolo de la mano le ayudó a levantarse.

Llegaron por fin a la Primera Puerta. Era una Puerta muy grande, alta y parecía de fácil acceso. De los alrededores de ésta salió una voz acusadora que decía, dirigiéndose a Jasmid:

—¿Te has conformado con todas la reglas, oh, tú de esperanzas sublimes? ¿Has puesto a tono tu Corazón y tu Mente con el Corazón y la Mente del resto de la humanidad?

Con voz fuerte y determinada, Jasmid le contestó:

—¡Sí, lo he hecho!

—Entonces —dijo la voz—, debes probar en la cerradura la Llave de la Caridad y el Amor Inmortal. Una vez hecho esto se te permitirá la entrada De lo contrario permanecerás tocando y nunca se te abrirá.

Jasmid, sin pensarlo mucho y por intuición, tomó la Llave de la gema Rosa y la introdujo en la cerradura. Un envolvente sonido que pertenecía en la escala musical a un DO, comenzó a sonar y la Puerta instantáneamente se abrió de par en par. Esta daba hacia un paisaje campestre donde el camino que lo atravesaba era recto, liso y lleno de verdor, semejante a un claro de sol en las sombrías profundidades de la selva. Unas aves de irisado plumaje trinaban allí de alguna manera cantando victoria al intrépido peregrino.

—¡Pasa adelante! —finalizó diciendo aquella voz—, pues contigo has traído la Llave, tú estás seguro.

En el momento en que la voz terminara de pronunciar la última palabra, el gran puente que antecedía a esta Primera Puerta se derrumbó, cayendo así a un precipicio enorme.

Al Sirius darse cuenta de que el puente se había desplomado tras ellos, le dijo a Jasmid:

—Con ese puente también se va el pensamiento de separatividad y egoísmo, y se abre ante ti la unión y el servicio unísono.

Luego cruzaron la Gran Puerta de entrada; la Primera Puerta. Estando ya en el Sendero hacia la Segunda Puerta, Jasmid comentaba:

—Me siento muy seguro de mí mismo, tanto así que podría decir a cualquier piedra que me diese agua y ella lo haría.

Jasmid se detuvo por un momento y dijo a una piedra que no estaba muy lejos de él:

—¡Dame agua!

La piedra comenzó a temblar como si hubiese recibido la señal de Jasmid y pronto de ella brotó un pequeño chorro de agua. Jasmid se acercó y bebió de ella. Era el agua más pura y deliciosa que jamás había probado.

Sirius dijo al respecto:

—Una vez atravesada la Primera Puerta; la Puerta de la Llave de la gema Rosa, se adquiere un cierto dominio de las fuerzas físicas, uno se hace copartícipe con la Naturaleza.

Siguieron su camino y después de recorrer unos diez minutos, a lo lejos ya casi se podía vislumbrar el Segundo Portal. El camino se empezaba a poner escabroso y daba pequeñas curvas que ascendían poco a poco por la gran montaña. Nieblas grises se cernían sobre su áspera y peñascosa cima, y más allá todo era oscuridad.

—Ten cuidado en este camino —dijo Sirius—. No permitas que el canto de esperanza de tu corazón deje de resonar por un sólo instante. Se tú como el que recoge las rosas, no importándole que se hiera con sus espinas para luego percibir su suave aroma.

Dejó pasar unos segundos de silencio y luego añadió:

—El temor mata la voluntad y paraliza toda acción. Debes armarte de paciencia. Debes cuidarte de las legiones de Mara, pues éstas atacan sin vacilación. Ellas son como el gusano que va comiendo poco a poco la bella flor. No les des pie en ti.

Mientras caminaban hacia el Segundo Portal, el sendero se hacía más pendiente. Muchos ojos malignos observaban desde los matorrales a Jasmid, era como si toda una legión completa estuviese preparada para atacarle. Se hacía de noche y no tenían lámparas para continuar el camino. Jasmid dijo:

—Se hace de noche y no poseemos ni una sola lámpara que nos ilumine el camino.

Entonces Sirius le dijo:

—Aquí, en el Gran Sendero, no podemos depender de una simple lámpara. Aquí, la Luz que deseas debe provenir desde tu interior.

Jasmid tardó un poco en comprender lo que Sirius le había querido decir en esas cortas palabras, pero al fin reaccionó y dijo:

—¡Ahora sé lo que me quieres decir, Sirius!

Y pronunciando una palabra mágica que había aprendido de su Maestro, desde su corazón salieron fulgurosos rayos de luz que cubrieron todo su cuerpo y el de Sirius también. El camino ya estaba iluminado, pero iluminado con la Luz más pura que existe. Sirius, muy complacida, continuó diciendo:

—Veo que has dominado la armonía en la palabra y en la acción. Tú estás preparado para pasar la Segunda Puerta sin problemas.

Sin más espera, y como por arte de magia, se encontraron frente a frente con la Segunda Puerta. Entonces, aquella voz que le habló en la Primera, le volvió a hablar aquí:

— ¡Pon la Llave de la Armonía dentro de la cerradura pues ya tú eres dueño del Segundo Portal!

Jasmid colocó la Llave de la gema Dorada dentro de la cerradura. Esta Puerta era un poco más pequeña que la anterior. Un pulsante sonido que pertenece en la escala a un RE retumbó por todo el lugar y la puerta se abrió de par en par dejándoles pasar sin problemas. Estos siguieron el camino que cada vez se hacía más estrecho y oscuro. Las piedras, que cada vez eran más, rompían los pies descalzos de Jasmid. El camino era aun más pendiente y, de pronto, una bandada de lo que parecían cuervos, que volaban casi al ras del suelo, se toparon con Jasmid y comenzaron a picotearle las rodillas para que cayese. Jasmid, con voz muy fuerte, les dijo:

—¡Fuera de mí, aves rastreras! ¡Ustedes no conseguirán derrotarme ahora!

Entonces, aquella manada de animales desesperados salió despavorida de su lado y ni el más leve rastro quedó de ellos.

Rápidamente llegaron a la Tercera Puerta y, una vez frente a ella, Jasmid introdujo la Llave de la gema Oro-Rubí dentro de su cerradura. Este Portal era mucho más pequeño que el anterior.

Esta vez la Llave no abrió y Jasmid se decepcionó mucho. Lo intentó varias veces sin obtener resultado alguno. Estaba muy nervioso e impaciente. Fue entonces cuando Sirius le dijo:

—Cuanto más impaciente te pongas aún más se enmohecerá la Llave y menos posibilidades de entrar tendrás. Ármate de fuerte paciencia y pasarás sin problema.

Entonces, Jasmid tomó la Llave y la intentó limpiar, cosa que no funcionó. Sin darse cuenta su propia sombra, que se escurría a través de los matorrales alrededor del estrecho camino, tomaba como más fuerza y vigor. Era como si tuviese vida propia. Luego se desprendió de éste y se perdió por entre la oscuridad. Sirius continuó diciendo:

—No hay paño ni limpiador que limpie esa Llave. Sólo una conciencia de tranquilidad y paciencia inalterables pueden hacerlo.

Jasmid tomó una profunda bocanada de aire y luego exhaló. Cerró sus ojos por un momento y pensó:

—¡Necesito tranquilidad!

Sin darse cuenta, desde la parte lumbar de su espalda una brillante luz salió y energizó aún más el aura que lo cubría. Entonces, el moho de la Llave se desintegró al momento. Jasmid introdujo suavemente la Llave ya limpia y ésta por fin pudo abrir la puerta. Un penetrante sonido que pertenece en la escala a un MI vibró por todo lo circundante. Luego entraron y se pusieron a

caminar rumbo al Cuarto Portal. Durante el camino Sirius le decía:

—Para poder llegar a la Cuarta Puerta debes actuar desde tu interior y nunca dar crédito a lo que ves en el exterior pues es falso. Las sombras sólo se combaten con la Luz y nada más. Si quisieses combatir las sombras con las sombras éstas se unirían, por ser de la misma especie, y se precipitarían hacia ti destrozándote.

Las piedras del camino se volvían cada vez más filosas y desgarradoras. Esto les hacía caminar más lento. De entre la oscuridad algo muy maligno se escurría. Se arrastraba como un gran gusano, y con apariencia lóbrega se acercaba cada vez más a donde Jasmid y Sirius caminaban. Se podía escuchar su horrible respiración que se incrementaba y aceleraba cuanto más se acercaba. Por donde iba pasando dejaba un gran rastro de lodo; el lodo del más negro y repugnante que existe. Daba la sensación de querer vengarse por algo. Jasmid pidió a Sirius detenerse para descansar un poco y ésta le dijo:

—¡Es muy peligroso detenerse a estas alturas del Sendero, Jasmid!

Pero Jasmid estaba muy agotado y sus pies estaban ensangrentados. Con la voz debilitada replicó:

—Sólo por unos segundos...

Y en eso, acompañado de un estruendoso ruido, el monstruo se les presentó frente a frente. Era muy grande y una baba negra salía de su horrible boca. Con voz grosera y chillona espetó, dirigiéndose a Jasmid:

—¡Tú! Pobre ser humano. ¿Crees en verdad que llegarás hasta la Séptima Puerta? Eres un ingenuo y pagarás por todo el daño que me has hecho. Te has separado de mí por preferir la Luz, dejándome desvalido y solo, eso te costará la vida.

Sí, ese horrible ser era su propia sombra. La sombra acostumbrada a estar siempre al lado de su dueño que ahora le pedía cuentas por haberla abandonado. Jasmid estaba casi petrificado del miedo y la sombra crecía aún más, parecía alimentarse de dicho miedo. Entonces, mentalmente Sirius dijo a Jasmid:

—Recuerda que si envías sombras a luchar contra las sombras lo que haces es aumentadas. Envía Luz a las sombras y éstas desaparecerán como desaparece la noche al hacer acto de presencia el Sol.

Jasmid reaccionó súbitamente al consejo de su amiga y se fue aproximando lentamente hacia la sombra sin ningún tipo de temor. Ésta comenzó a retroceder gritando y vociferando falacias a los cuatro vientos. Jasmid permanecía inmutable y de su corazón un gran rayo de color violeta-rosa salió y penetró directamente en la cabeza del monstruo. Este, ya aturdido, explotó en mil pedazos que luego se desintegraron por la acción del viento. Con los pies heridos y tan agotados como estaban, no quisieron quedarse ni un momento más en aquel tramo y decidieron seguir el camino sin ya más parar a descansar.

Pronto llegaron a la Cuarta Puerta. Esta era aún más pequeña que la Tercera. Cada vez se iban haciendo de más difícil acceso. Jasmid sacó la Llave de la gema Blanca y la introdujo en su cerradura. Esta se abrió de par en par y pudieron entrar sin problemas. El ambiente allí era verdaderamente inhóspito y muy oscuro, el camino que lo atravesaba y que llegaba hasta la Quinta

Puerta era muy angosto, aún más angosto y empinado que el anterior. A ambos lados, un abismo de altura incalculable dejaba sentir su vacío a nuestros compañeros, los cuales caminaban con sumo cuidado. La Luz que salía del corazón de Jasmid se redujo un poco y no alumbraba tanto como al principio. Unos grandes y casi transparentes pájaros llamados “Los Lhamayin”, envidiosos por las alturas en el sendero que Jasmid había alcanzado, se acercaron y le hacían chanzas y revoloteaban a su lado para ver si éste caía al vacío. Estos pajarracos sólo le molestaron al principio del Sendero después de la Puerta, luego se fueron aturridos por la estabilidad de Jasmid y no volvieron más. De lo alto, lo más alto de la montaña, una voz comenzó a dirigir a Jasmid diciendo:

—Concentra y posiciona la mirada de tu Ser en la Luz Pura, la Luz que nunca falla y luego utiliza la Llave que abre la Puerta del Quinto Camino, la Puerta Verde.

La Quinta Puerta se hizo presente sin más espera. Era un poco menor que la anterior pero tenía algo especial que las otras no tenían, era del verde más brillante que jamás se haya visto. Jasmid cuidadosamente tomó la Llave de la gema Verde y la introdujo en su cerradura. La Puerta se abrió y dejó penetrar la más hermosa y suave Luz Verde a los ojos de Jasmid y Sirius. Estos pasaron a su interior y comenzaron su camino hacia la Sexta Puerta, Aquella luz de la entrada se extinguía al ellos avanzar y la más profunda oscuridad se avecinaba. Sólo podían caminar debido a la Luz de Jasmid, la cual seguía mermando a medida que ascendían por el Sendero. Sirius le decía:

—Has vencido ya a las legiones de Mara. Un sentimiento de orgullo, o mejor dicho de estrechez mental, y echaría por tierra todo lo que has logrado hasta ahora. Debes centrarte en ti mismo y no permitir que nada ni nadie perturbe la paz en tu interior que

es el único pasaje para llegar a la cima y rescatar el Ave Diamante para el servicio de la humanidad.

La Luz en el interior de Jasmid se incrementó al doble con las penetrantes palabras que Sirius dulcemente le había expuesto. El camino era de pura piedra. Este, áspero y rudo, destrozaba cada vez más los pies de Jasmid, pero él no sentía nada de tan abstraído por la Luz que estaba. La oscuridad era plena, mas el camino muy angosto. No sentían frío, pues el aura —ya renovada y fortificada que rodeaba a Jasmid y a Sirius conjuntamente tenía la propiedad de proporcionar estabilidad dentro de su ambiente. En eso, la voz que la hablaba desde las alturas, volvió a decir:

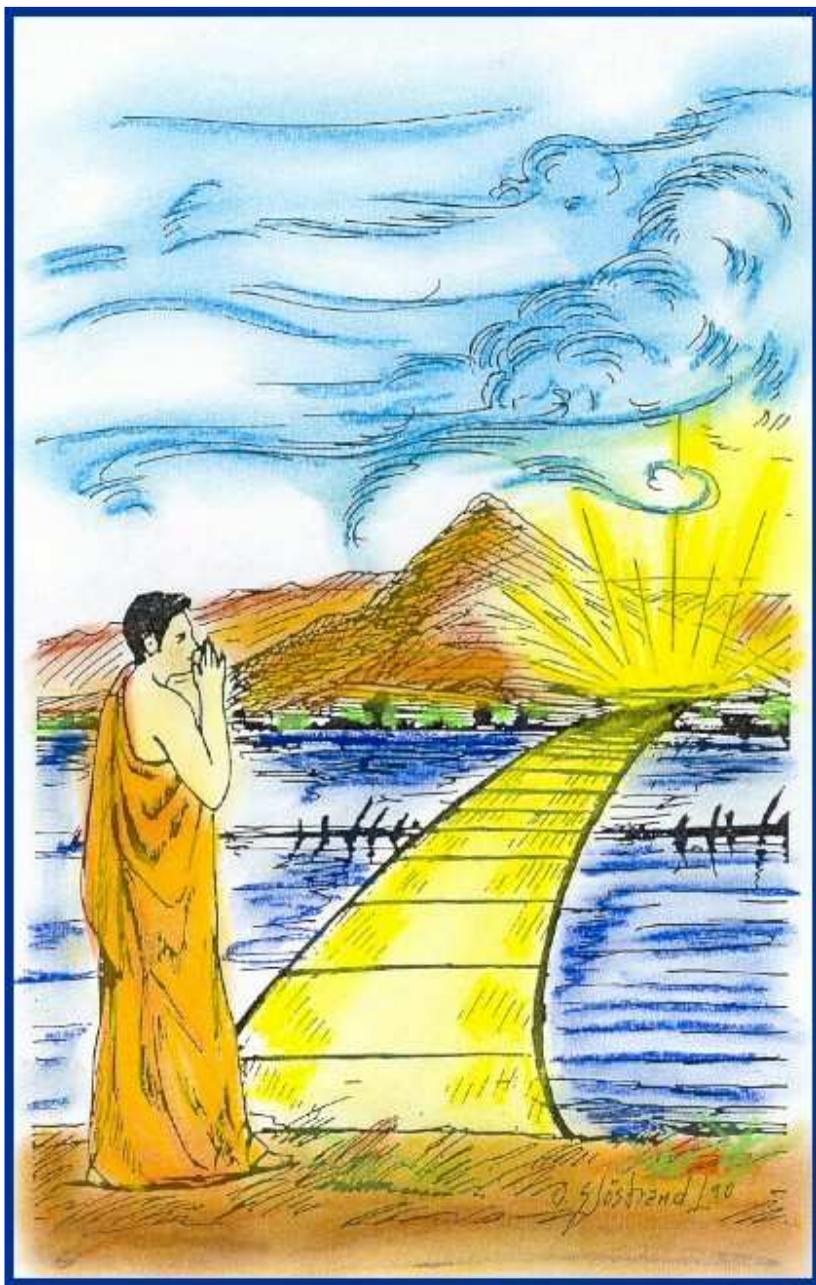
—Has extirpado de tu corazón la podredumbre y has desechado todo deseo impuro. Tú eres merecedor de entrar por la Sexta Puerta. La Libertad en ti ha hecho camino seguro.

Después de estas palabras, Jasmid y Sirius se toparon con el Sexto Portal. Este tenía a penas el tamaño como para que pasase una sola persona y con la condición de estar agachada.

Jasmid sacó la Llave que contenía la gema Violeta y la deslizó en su pequeña cerradura. Destellos del violeta más brillante iluminaron todo el espacio que la puerta ocupaba y un poco más allá. Entonces, Sirius dijo:

—Hasta aquí te acompaño, amado amigo. Es imperativo que ahora sigas sin mí. El que entre por la Sexta Puerta sólo tiene de acompañante a su propio Yo y a nadie más.

Jasmid le dio un fuerte abrazo y penetró por aquella, la pequeña Puerta. Sirius desapareció en un instante, dejando en el suelo de donde había desaparecido una hermosa rosa que brillaba con luz propia.



CAPÍTULO VII EL AVE DIAMANTE



HORA Jasmid estaba allí solo, al borde de un precipicio sin fin. Cada paso tenía que darlo con muchísimo cuidado, pues en el camino únicamente cabía un pie a la vez. La nostalgia acechaba con invadir su corazón pero él luchaba con todas sus fuerzas para que no se formara.

Durante el largo camino, el camino más oscuro de todos, Jasmid entonaba un bello canto interno de gloria. Estaba decidido a llegar hasta la meta, mas tenía la plena seguridad de poder hacerlo. Después de varias horas de recorrido, a lo lejos se divisaba un reflejo de luz, y un sonido de agua correr retumbó en sus oídos. Era muy extraño todo aquello, parecía que habían unas cataratas muy cerca que por su rumor parecían ser de gigantescas dimensiones.

Una vez habiendo llegado y frente a ellas, Jasmid no podía creer lo que veía. Era un gran lago del azul más nítido, tan grande que parecía no tener límites. De él salían gigantescas cataratas multicolores que caían al vacío y el más hermoso sonido del agua le acompañaba. Todo aquello no tenía ni principio ni fin. Ya no había más camino que recorrer. Jasmid permanecía quieto en la orilla, admirando su inalterable belleza. Justo en frente de él, y dentro del gran lago, se levantaba una esplendorosa Isla, la Isla más extraña y hermosa que se halla visto jasmás. En su cima destellaba un relámpago que a modo de faro iluminaba todo lo circundante.

En su mente y corazón no había más que Luz. El aura que le acompañaba se crecía cada vez más y, tomando la Llave de la

gema Azul, la última Llave, la lanzó hacia las aguas. Justo por donde penetró la Llave comenzó a brotar un hilo dorado, el cual viajó hasta donde se encontraba nuestro amigo. Una vez que llegó a sus pies se solidificó, conectando así el fin del camino con la otra orilla. Este camino relucía. Los pies ensangrentados de Jasmid, al tocar el suave material con que estaba hecho, sanaron instantáneamente. Sus vestiduras brillaban de limpias y parecían estar hechas de la tela más preciosa. Su cuerpo se traslucía mientras caminaba hacia la Isla. Los rayos de la cima le penetraban y cargaban todo su cuerpo con la más intensa y a la vez sutil energía. Sus pies ya casi no tocaban el suelo.

De pronto, y casi llegando a la otra orilla, la voz que antes oía desde muy lejos la oía allí mismo, frente a él. Ella entonaba una canción de Libertad. Una vez puesto el pie en la otra orilla el puente se desvaneció por completo para nunca volver. Todo quedó en Silencio. El Sonido quedó sin pulsación, sólo en la mente de Jasmid quedaba una vaga imagen de lo que se fue y un fluir de pensamientos puros la llenaba. El rugiente sonido acompañado de la inefable Luz no se hizo esperar más. Aquel Ave que buscaba incansablemente estaba ahora frente a él. Esta era grande y tenía forma de águila pero su cuerpo era del más límpido diamante. Tenía vida... ¡y vaya que sí! Era la Vida misma expresada en un Ave, el Ave que vuela en las Alturas. En su interior era de fuego puro. De ella provenía aquel canto y aquella Luz que iluminaba todo lo circundante.

Jasmid, con un cuerpo tan brillante que resultaba muy difícil verlo, tomó en sus manos aquella hermosa Ave y pronunciando una palabra mágica se transportaron directamente hasta el Palacio del Diamante...

La Tierra, ya casi roída por la gran nube que la recubría, se estremeció súbitamente. Cuando Jasmid llegó al Gran Palacio

junto con el Ave Diamante se sorprendió mucho al ver a todos sus amigos esperándole. Estaban su padre y su Maestro junto a unos dos mil seres más aproximadamente. De una de las puertas del gran salón en donde se encontraban salió Sirius, su compañera y amiga durante aquella larga travesía. Esta dijo solemnemente acercándose a Jasmid:

—¡Te felicito, amigo de la Luz! ¡Tú has salvado a la humanidad entera y has pasado a formar parte de esta Gran Legión a su servicio!

En aquel salón también se encontraba el Gran Señor That, el cual añadió:

—¡Hoy es un día muy especial! ¡Hoy ha nacido un nuevo hijo de la Luz!

Jasmid colocó a la gran Ave sobre un pilar hermosamente decorado. Desde un orificio en el techo de aquella sala entró un fulguroso rayo blanco que incidió directamente en él y de allí salieron tres flameantes rayos tricolores que cubrieron todo el ambiente. Era tan poderoso todo aquello que la Luz salió presurosa del Palacio y penetró en la gran nube negra que rodeaba a toda la Tierra. Justo al contacto, la nube efervesció y echó humo. Gigantescos tomados fueron limpiando cuanta maldad había sobre la Tierra, éstos a su vez se llevaban a todos aquellos monstruos creados por los humanos en su desesperación. Aquellos seres humanos que estaban conscientes de la Luz que desprendían al igual que los que no lo estaban intensificaron automáticamente su Luz y protección abarcando así a una gran porción de gente. La nube desapareció por completo. La luz del Sol, entonces, se volvió a ver y a sentir con todo su fulgor. El más hermoso amanecer se filtró por entre las sombras.

Mientras tanto, en el castillo de la oscuridad, el demonio Maha Mara se preparaba para escapar al centro mismo de la Tierra junto con todos sus seguidores del mal. Pero no pudo hacer nada, ya no encontraba donde asirse en los humanos. Un intenso rayo violeta penetró rompiendo ventanas y paredes. Era tan potente e imparable que fue a dar a la misma frente del demonio. La gema que este portaba entre sus dos ojos explotó en mil pedazos y el demonio se evaporó junto con los otros demonios que le acompañaban. Los Tinikas, que estaban como en un trance, se despertaron y no recordaban nada de lo que les había pasado. No podían explicar su ropaje negro y su estancia en aquel repugnante lugar. Entonces, Jasmid, envuelto en un gran óvalo de Luz y con un cuerpo brillantísimo, se les presentó. Sí, Jasmid ya tenía la habilidad de trasladarse a donde quisiera con sólo pensarlo. Ya era parte de todos aquellos seres que tanto han ayudado a la humanidad y que seguirán ayudándola.

Este, con voz suave y a la vez magistral, les dijo:

—¡Sientan la Luz y vean la Verdad! ¡Nunca más confíen en el camino fácil y rápido! ¡Vuelvan con sus familias que les esperan ansiosas!

Jasmid ya era todo un Maestro y director de su cuerpo. Podía manejar la Naturaleza con la misma facilidad que su preceptor. En él las tinieblas de la ignorancia se perdieron por siempre para dar paso a la Luz que nunca falla.

FIN

“En la escalera que lleva a la Libertad, los peldaños descansan en los corazones de todos los seres”. JCG

Nota de los editores:

La segunda parte de *El Ave Diamante* se llama *La Flor de los Mil Pétalos*, también del mismo autor.

Más información sobre el autor y su obra:
<http://www.JuanCarlosGarciaWeb.com>